

tendidos y tinas viejas
bien repletas de cerveza
y para las cocineras
cinzano, anís y mezcal;
sin faltar el borrachito
que con elocuencia pide
un traguito de aguardiente
o alcohol de Zacatepec.

Por la noche la guitarra
sale a relucir serena
y el bordoneo de sus cuerdas
llena la noche de azahar.

La luna nueva de junio
se desplaza por el cielo
y el trovador en su cuerpo
siente a los toros trotar
y en el centro de la plaza
sus ojos negros de luna
se clavan en los acordes
de una canción popular:

(Ah cómo brilla su cuerpo
flor de la estrella polar
su cuerpo de terciopelo
se mece sin despertar
al toro de los deseos

que en el huerto brama y va
envuelto en bruma de plata
por sus senos de coral;
y el toro negro del alma
montado en un calamar
cruza su cuerpo desnudo
en lo profundo del mar.)

Muy de mañana los cuetes
retumban allá en el Llano
la campana de la iglesia
no se cansa de cantar;
ya llegaron con los toros
se oye retumbar la tierra
los caballos bien sudados
cruzan el puente de piedra
con los toros escogidos
para esta tarde triunfal.

Ya los meten al toril
cubiertos de polvo leve
los bureles se acomodan
chocando como esmeril
y resoplando al torero
que habrá de sacarles vueltas
y al montador que con gracia
ha de quebrantar su esencia
en cuatro o cinco reparos

hasta vencer o morir.

Terminando la faena
los invitan a beber
un jarro de café negro
bautizado con piquete,
hay “hojas” también calientes
y una jarra de aguardiente
pal’ que se quiera servir;
tacos sudados de mole
en tortillas de maíz
recién hechas a mano
por doña Emperatriz
la más buena molendera
de todita la región;
es esbelta como ceiba
con labios de ajonjolí
y senos de primavera
aromados de benjuí
listos para el festín.

TORO DE ONCE

Los caporales alistan
con cuidado al “Reguilete”
un mantón de terciopelo
rojo de bruma y de sangre
lo cubre como un falsete,

lo mismo sus dos espadas
que tiene por cornamenta
-fríos aceros en llamas-
adornan su anatomía
con flores de fantasía.

El “novillo despuntado”
resuena con la tambora
los platillos sacan chispas
y la trompeta consagra
en un agudo silencio
el principio del paseo
por calles y cruz calles
por el Llano tan fiestero.

Al mentado toro de once
lo llevan hasta el corral
la banda ya se acomoda
en el balcón principal
los caporales reparten
“toro”, aguardiente y mezcal
y el montador se prepara
con espuelas y pretal.

Ya sueltan al toro de once
en el corral principal,
los de a caballo lo lazán
- cuatro manganas y un pial -

el jinete ya se apresta
a montarlo sin dudar
la música toca y toca
al toro que han de jugar
y en las piernas de las damas
suspira un toro carnal,
vida y muerte se conjugan
en esa suerte fatal.

El montador no separa
su vista del cabeceo
entre las astas y giba
mantiene su forcejeo
sin perder el equilibrio
ni ganarle en el reparo
que el “Reguilete” afamado
realiza con todo el pecho
al cabriolear sin sosiego
y girar como un lucero
que ha caído del infierno
al Llano con un espejo.

La banda toca el toro
que compuso en una hora
Brígido Santamaría
el maestro de las notas
de Tlayacapan el pueblo
donde Tonantzin lo arropa.
Don Brígido Santamaría

se inspiró con mucho esmero
al arreglar este son
para la gente del pueblo.
Cuando el jinete desmonta
vencedor del toro de once
hay aplausos en las gradas
que llegan hasta los montes.
La banda toca la diana
con tal fuerza y precisión
que a una mujer le salta
de sus ojos una flor;
cae en las manos del hombre
que ha cumplido la misión
de vencer al Reguilete
con entusiasmo y pasión.

LA “MARRANA”

Toca la banda otro son
de los meros morelenses
la gente ya se encamina
a la casa complaciente,
la “marrana” ya está lista
en los peroles de aceite
y en las tinas las cervezas
rebotan frías y excelentes;
el caporal ya reparte
“toro” mezcal y aguardiente
mientras la banda complace

con vales, polca y minué
y toda la concurrencia
baila bebe y saca el pie
pa' no pisar a la hembra
que se acomoda al vaivén;
y entre las chispas espesas
que brotan como en papel
me piden otra cerveza,
saco a bailar a Muriel
la más bella entre las bellas
que se ha robado mi ser;
y en cada vuelta se cruzan
como patas de ciempiés
sus muslos contra mi pierna
que me pican y me traban
como puyas de maguey.

Terminada la comida
se oye la banda tocar
en casa de Josefina
la madrina principal.
Montadores y jinetes
se encaminan al corral
con espuela y garrocha
capas, botellas y mezcal.
La banda los acompaña
con la marcha "Zacatecas".
Los cohetones cabriolean
en las nubes a buen hora

y en el umbral de la tarde
hay colores que platean
de monturas y rebozos
de enaguas con lentejuela
y trenzas como un rosal
donde renace la aurora
y un tropel de gavilanes
se acurruca en su espalda
bajo la tarde investida
de oscuro fulgor carnal.
Los capotes de la sombra
que cubren tarde y rosal
entre caballos y trinos
de la aves ruiseñoras
a encontrarnos con la suerte
-doble sentencia rectora-
con los ojos de la muerte
en el jaripeo inmortal...

Al llegar al jaripeo
el caporal principal
le da una vuelta al ruedo
en señal de integridad.
Ya lo cubren las mujeres
con flores de rojo acero
que ciñen al cuello esbelto
en señal de hermandad.
El caporal lo agradece
dando al punto la señal

y comience sin tardanza
el jaripeo señorial.
Ya comienza la jugada
en el corral seminal
uno a uno los torazos
salen del toril en paz
a recibir la emboscada
de diez reatas de lazar.

Cómo lucen las espuelas
forjadas en Amozoc
las hay de plata y alpaca
buriladas en botón
¡Ay Federico García!
Ya no llores de emoción
al ver brillar las espadas
que no son gitanas, ¡No!
Son de hierro bien forjadas
sobre un yunque de metal
en una fragua de Ayutla
con mano firme y mortal.

Los de a caballo relucen
leones de diez mil saetas
como estrellas relucientes
en el arte de pialar.

Chavindas de Lechuguilla
las mejores pa' lazar

aunque hay de otras medidas
y marcas que celebrar.

como la Proarte nueva
y Zitlaltepel formal
yo prefiero las Chavindas
para manganas echar.

Los jinetes se desplazan
en dos hileras al ruedo,
a una voz del caporal
el toro sale bramando
bajo una lluvia de nardos
que manos y patas cubren
como reatas de lazar,
mientras la banda presume
Dios nunca muere en el vas
el toro cae bien pialado
entre polvo, sudor y cal.

Los ayudantes le ciñen
el pretal bien ajustado
y el montador se santigua
con un trago de mezcal,
supervisa las espuelas
se traba bien el sombrero
y con paso jubiloso
en un universo de lazos
se hinca para montar.

La banda guarda un silencio
que cabe en una estocada
los de a caballo se alejan
dejando un vacío solar,
y el jinete puro estaño
colibrí con fuerza real
con dos tenazas por manos
se prende bien al pretal
y el toro de mil centellas
da un salto hacia el vacío
y el infinito reposa
en lo que se queda y va.
Jinete y toro son uno
clavados con cien martillos
que a la luz de una centella
fabrican en un altar.

La banda toca el toro
hay gritos en los tendidos
las mujeres presurosos
muerden el deseo carnal
y el jinete enamorado
de su doble se deleita
apretando bien las piernas
con pasión y por San Juan
mientras el toro embiste
al enemigo invisible
que siente sobre sus carnes

sin poderlo derribar.

El ruedo se pone rojo
de capotes y sarapes
la música toca y toca
con una voz familiar
el buril más enojado
clava el puñal de sus astas
en un torero muy diestro
en el arte de torear
y con el jinete arriba
salta la barda con brío
busca en el monte su sino
y una cruz para llorar.

En los tendidos la muerte
ronda despacio y muy breve
se posesiona en la gente
que la ha visto desfilar
mientras el toro y jinete
se van para el horizonte
en un trance sin espuelas
y un capote sideral.

Los de a caballo ya cubren
el cuerpo ensangrentado
en esta tarde sin tarde
en que la muerte torera
cubrió de rojo la feria

con polvo de lentejuelas.

Crespiones de nubes grises
giran en el ruedo y caen,
un galope de centauros
corre por el viento y va.
Se detiene sobre el cuerpo
cubierto de avispas negras
que revolotean grotescas
entre chispas de percal.

Yace a su lado el capote
desgarrado en la mitad
con el que cubren el cuerpo
de un torero ya inmortal.
Que murió por la estocada
plantada en el corazón
en medio de aquella plaza
de eternidad, trago y son.
La jugada se detiene
unos instantes no más,
los caporales escogen
un toro para pelear.

Ya levantaron el cuerpo
del torero colosal
y en los tendidos se escucha
fúnebres toques sonar.
Cuatro toreros cansados

de ver la muerte pasar
lo sacan del jaripeo
entre aplausos de metal.

La vida no dura y dura
lo que la nada en el mar
la muerte sólo perdura
si la vida viene y va.

En el corral ya la tarde
se cubre de crisantemos
un coro de nardos tristes
esparce su olor sincero
y una lluvia de gladiolas
desciende al bautisterio
agua de sangre y misterio
que se ha posado en la plaza
con su estola de silencio;
capas y copas de rosas
cirios de blancos malvones
que arden como un querube
a esta hora en que los toros
paren moscas y listones
en la carne blanda y noble
del toreador que se ha ido
por la senda de las flores
para que cruz y mortaja
la canten los trovadores
en sus coplas como niebla

en sus cantos de algodones.

Un galope de sonido
monta la vida y la muerte,
el toro de los deseos
gira en la luz casi verde
y el caporal se divide
en plegarias y alegrías
se ha cumplido con El Llano
en esta cruenta corrida.

Los de Quilamula ofrecen
disculpas por la osadía
de su toro que ha cogido
al torero y a su hombría
porque jugarle a la muerte
para festejar la vida
es una tradición tan vieja
como un gajo de sandía.

A la orilla de la vida
que tiene ausencia de orillas
y de ningún lado se aprecia
la libertad de reunir las,
un trovador de luceros
afina con niebla fina
su guitarra pendenciera
en amores y marismas,
bajo la luz de una sombra

en dos orillas perdidas
trova con su voz de agua
versos de arena muy fina
por el alma del torero
que murió en esta orilla
sin saber que nada existe
al cruzar la otra esquina
porque todo lo que fluye
no cabe en ninguna orilla.

Por eso dejó este son
encerrado en la sonrisa
de su guitarra festiva
que ha trabado vendavales
con el bemol de la prisa
dedicada al caporal
que trajo a jugar los toros
el mero día de San Juan
espejo donde se mira
la tradición popular
con los ojos de Zapata
que nos miran sin cesar.

SONESITO PARA CANTAR CON MIS AMIGOS

Letra y Música: Isaías Alanís

A mis hijos: Andrea, Ana, Isaías y Emiliano

Ese torito pinto
yo lo montaré señor
Aunque le pese mucho
a la dueña de mi amor,

Los caporales anuncian
que mañana hay toro de once
Al galope se lanzaron
a sabanearlo a los montes...

*Ea, ea, vamos al jaripeo,
Ea, ea, vamos al jaripeo,
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero.*

Dicen que ando de malas
porque yo me enamoré
de una linda trigueña
que tiene chiquito el pie...

Esa potranca tan fina
por su negra cabellera



Foto: Emiliano Alanís.

De seguro amanezco
enredado entre sus piernas.

*Ea, ea, vamos al jaripeo,
Ea, ea, vamos al jaripeo,
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero.*

Entre piales y manganas,
yo solito me enredé
Mañana me desenredo
aunque sea con usted...

Que bonitas trenzas tienes
debajo de tu rebozo
Cómo será lo que guardas
en tu cuerpo tan sabroso...

*Ea, ea, vamos al jaripeo,
Ea, ea, vamos al jaripeo,
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero.*

Cuando las crines revientan
por el arco de la tarde
Viene Manuel Figueroa,
cabalgando por el aire...

Me dijo el general
que en esto de la toreada
Más vale tener amigos
que monedas de oro y plata.

*Ea, ea, vamos al jaripeo,
Ea, ea, vamos al jaripeo,
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero.*

La banda toca que toca
y del toril ya salió el toro
los caporales lo esperan
con manganas y con gozo...

El montador se prepara
con espuelas de misterio
pone su vida en las piernas
y en la fuerza de su cuerpo

Este son ya se despide,
este son ya se acabó
con un capote de sombra,
cubrieron al montador...

*Ea, ea, vamos al jaripeo,
Ea, ea, vamos al jaripeo,
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero
Donde tengo amarrada
mi potranca a un lucero.*

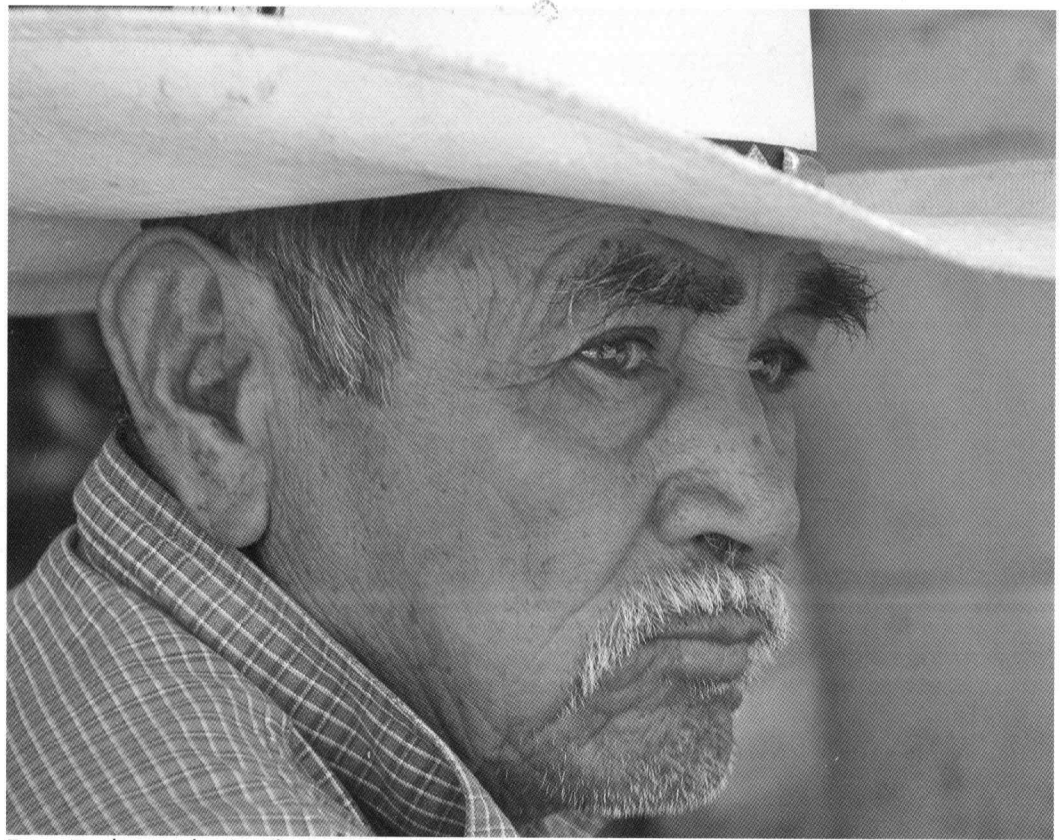


Foto: Emiliano Alanís. Chinameca, Morelos 2011

Prosas



Foto: Lázaro Sandoval. Chalcatcingo, Morelos, 2013

PASO DEL MACHO

Sobre la columna de humo y aire quemado la caballada avanza en medio de los disparos. Roto el sitio de Cuernavaca, no les queda a las tropas federales que replegarse por el sur hacia Temixco. Cruzar canales y arroyos, viejos cañaverales quemados y de pronto recibir el verdor del campo que crece con la fuerza de un imán. Llueve como si las nubes se hubieran vuelto zapatistas y en todo el valle apenas si se distingue la nuca del caballo y las orejas del que va adelante. Son sombras de agua las que cruzan bajo hileras de sauces, fresnos y alcanfores. El hombre va adelante con los ojos hundidos en las gotas que evolucionan en su cerebro como un reloj.

-Ya van a caer, los vamos a despedazar-

Los emisarios llevan y traen la posición del enemigo. Un piquete de soldados integrado por cincuenta de a caballo, por el flanco izquierdo rodea a los federales para esperarlos de frente. Ellos aun con ametralladoras.

A pero como pesa el agua, a pesar de ser buena para la vida. Ahora es como remolino de hierro como si cargaran dos tercios de arroz de un sólo tranco en cada hombro. Es agua quemada, agua de sangre, que cae en hilitos y con fuerza como un tobogán de piedras finísimas que al ir desplomándose horada el cuerpo y sus almas y se mete por toda la creación.

Los caballos también lo adivinan por esa sabiduría de caballo que viene de antes del comienzo del mundo y de la guerra; se agolpan uno contra otro en la pequeña vereda formada por caminos de animales salvajes. Paran las orejas y de plano relinchan nerviosos; relámpagos de capa oscura que brilla con el relente traicionero de la madrugada. Cada jinete lo sabe. El caballo olfatea entre ríos de agua una sombra, la mancha de un viejo depredador desconocido. Y nada, sólo el caer del agua de agosto que anega la misma sed y se clava a gusto en rocas y yerbajos, harapos de arrozales olorosos a tierra podrida y a raíces de hierba en descomposición; se detiene límpida con su furor de cien mil toros de tormenta que embisten a la tierra sin parar.

La caballada enemiga toma la ribera del río. El sol no aparece y el agua nubla sus rayos con esa claridad de las sombras para colarse con la luz y de pronto se suelta un aguacero mayor. Es un diluvio que les impide ver bien al enemigo. Resguardados en la otra orilla, los zapatistas esperan la señal y que el pelotón enemigo cruce a la mitad del arroyo para despedazarlos. Pero se dice fácil, porque de pronto se escucha un retumbar de truenos del cielo que se juntan con los de la tierra.

Como si les hubieran dado un latigazo en las ancas, los caballos de ambos bandos se alborotaron. Y sólo se ve lo que se logra escuchar al colarse entre las gruesas gotas de lluvia y la niebla que se tarda en levantarse una centésima de luz que se vuelve sonido. Un sonar de humedad más que de aceros o sables o balas que silban por todas partes. De eso nada. Los zapatistas aguantan sobre sus monturas porque es la única forma de dar en el blanco. Si se mampostean en el borde del río, la visibilidad sería nula. Algunos aprovechan la oscuridad del agua y se paran en la silla del caballo. En medio de la oscuridad del torrente de agosto parecen fantasmas. El caballo inmóvil y el jinete de pie sobre la montura con el sombrero en forma de barco de papel por el peso del agua que cae inmisericorde y sin poder ver al enemigo. Sólo el rumor de cascos pisando lodo, barbas de lodo que el agua filtra de los matojos y árboles de la ribera, chorrea a destiempo y que al juntarse abre de par en par el camino para la muerte porque a eso han venido cabalgando toda la noche para cortarle la retirada en Paso del Macho a los federales.

-Qué apuros tiene uno que pasar para avanzarse a estos carranclanes hijos de la chingada-

La caballería zapatista está del otro lado de la rivera que es contraria a donde van a llegar los carrancistas; doble juego de espejos de agua, de sangre rebullendo en las gotas que se acumulan por todas partes y quiebran el aroma a humedad que atosiga la nariz y pone a los caballos de mal humor. Las lluvias de agosto son eso, tormentas de agua despeñándose de más allá de las nubes que, para facilitar el drene, se caen sobre las copas de los árboles y cubre de hongos traslúcidos el verde gris del follaje. A veces, hasta los pájaros se caen muertos por la fuerza del agua o se ahogan antes de desertar porque la lluvia les come los picos y hace que se les atraganten gruesas gotas de agua revuelta con fragmentos de nube y rayo y centella y esa voz que nace en lo más alto del cielo y cubre con su manto a la creación también termina por quitarles el resuello.

De pronto, el centinela de la avanzada escucha algo en la corriente del lodo. Son cascos de caballos que avanzan. No hay voces. Sólo el rumor de la lluvia que impide ver y escuchar. Arrastrándose se vuelve unos veinte metros donde cincuenta de a caballo han montado la emboscada.

¡Ya vienen!

Y de una voz que sale de un chorro de agua bajo un sombrero mojado y un rostro sin rostro y cuya mano izquierda se puede intuir está apoyada sobre la cabeza de la silla de montar, le contesta:

¿Y cómo lo sabes?

Eso no me lo preguntes, ya vienen.

Los hombres se preparan. La lluvia los empapa. Con el interior mojado de su camisa tratan de quitarle el agua a las carabinas. Y nada. El torrente cae por todos lados. El viento la lleva de oriente a poniente y al revés. Con el agua se mueven las sombras del agua y del follaje de los árboles y matojos de yerba. Un coro de carrizos aúlla, el agua lo expande por el campo y en medio del silencio de agua sólo se escucha el crujir del lodo, ese despeñadero de barro mojado que se desentume de la corteza de la tierra y horada la ribera del río.

De pronto sólo se oye un disparo, lejano, metido dentro del agua que lo para en seco. Y un bulto cae. De ese bulto salen más y de una hilera de sombras como bultos cabalغان por la vera del río. Se escuchan cientos de disparos. El agua no se quiere arriesgar y arrecia. Las balas cruzan el río de una a otra orilla. Los carrancistas disparan al lugar donde salen los fogonazos que antes de extinguirse permiten ver la posición de los rebeldes que de inmediato cambian de perfil. O se emboscan tras el tronco de un árbol o se meten de plano al centro de la lluvia. La balacera arrecia. Los enemigos caen por montones. Caen caballos y carromatos son volcados por el terror de las mulas que tiran el carruaje donde van montadas las ametralladoras. Un jinete casi invisible en medio del fragor de la batalla se logra colar y laza a cabeza de silla una de aquellas armas letales y la arrastra en un paraíso de lodo, lombrices y gusanos de agua que se le pegan a la reata y al acero.

Los caballos del enemigo caen heridos de muerte. Hay relinchos. Corren a ciegas en medio del agua. Los zapatistas bien montados disparan una y otra vez hasta que el cañón de las carabinas se calienta en medio de aquel vendaval de agua estancada.

El tropel de caballos sobre granos de arena, agua y lodo se comienza a escuchar más fuerte y de cada sombra brota otra y en medio de un grupo de sombras brilla de vez en cuando el reflejo de la carcasa de la carabina y de espuelas y fornituras de las monturas mojadas. Tratan de salvar a los caballos y mulas con su preciado cargamento de municiones y ametralladoras.

En medio del muro de agua se oyen voces. Los zapatistas desenvainan sus machetes y se lanzan sobre las sombras. En forma sorpresiva les caen y entre las alas del agua pequeñas manchas rojas apenas si son visibles como las alas de los cardenales en medio de la rastrojera. Gritos y lamentos. Ruedan cabezas. Un potro herido es abatido de un machetazo en el cuello para que deje de sufrir.

El hombre les grita pero el festín de la sangre apenas comienza. Los zapatistas abandonan el bordo y le caen al enemigo. Se oye el fulgor de los filos, disparos de pistolas, de carabinas. Entre chocar de caballos de ambos bandos. Gritos que enmudecen a la tempestad. Después, silencio. Apenas si se escucha cuando una gruesa gota de agua resbala por la frente del hombre que dirigió la emboscada.

Se ordena respetar la vida de los prisioneros y fusilar al comandante, que ha causado innúmeros males a los zapatistas de paz.

Presagiando la calma, se borra una parte de las nubes negras y en lo alto del cielo, como la uña del tiempo, se asoma la luna entre las olas del aire y del agua y por encima del follaje de sabinos y alcanfores.

Los hombres o las sombras de esos hombres que hoy son sombras, ecos, nada, se colocan en el bordo del río.

Apenas si hablan entre ellos.

Te lo decía, Cliserio, en Paso del Macho los íbamos a avanzar y tú terco que no, que habría que pensarle mejor y hacerlo hasta que amaneciera.

Y ya ves, la lluvia los cegó también a ellos.

Hay que esperar a que amanezca bien para dar el parte al cuartel general. A los heridos hay que trasladarlos a Atlacomulco y a los muertos de ellos aquí los dejamos, el río se encargará de llevárselos y a nuestros muertos los vamos a enterrar como es nuestra costumbre.

¿Cuántas bajas tuvimos en Paso del Macho, Fausto?

Espere que amanezca bien General, que no ve que con esta lluvia me puedo equivocar al preguntarle al difunto y a su alma su nombre, grado y lugar de origen. De nosotros sólo tenemos heridos pero ninguno es de muerte. Avanzamos cuatro ametralladoras y todavía no me han enterado de cuántos caballos y armas ya son de la revolución en esta derrota y corretiza que les dimos a los federales en Paso del Macho.



Foto: Emiliano Alanís



Foto: Emiliano Alanís

LAZAR AMETRALLADORA

A don Amador Salazar
hábil en esta suerte mortal

En los anales de la tradición oral que están guardados en mi memoria y en fojas amarillentas escritas de su puño y letra por el tío Felipe Alanís Tapia, se halla esta relación de cómo se lazaban las ametralladoras en tiempos de la revolución.

Felipe al igual que sus hermanos anduvo en la bola, salvo que a él, el General Cliserio le encomendó el cuidado de la familia y la siembra de maíz, chile y frijol durante el tiempo que se podía.

Era el guardián, junto con otros hombres, de las hermanas y la madre y padre de Cliserio.

Lo interesante de estos relatos vividos es que son poco conocidos. Felipe dejó una biografía de Cliserio Alanís que algún día publicaré para evitar que se sigan diciendo tantas sandeces históricas del general Alanís Tapia.

Me contó Felipe que durante el sitio de Cuernavaca, Zapata mandó reunir a todos los zapatistas incluyendo a algunos generales de Guerrero como Chón Díaz, Julio Gómez y el indio, Ignacio Maya.

Nacho, como le decía Felipe, se hizo muy amigo de Cliserio y mi abuela Vicenta Tapia Martínez lo adoptó casi como hijo. Cuenta Felipe que era un hombre recto, de una pieza, y muy educado.

Cuando el General Ojeda sitió Cuernavaca y que tuvo que salir huyendo ante la precisión de los combates zapatistas, Cliserio y Nacho Maya se jugaron un albur para lazar una ametralladora.

Perdió Nacho Maya y el fue el encargado de lazarla.

La técnica no era tan simple. Un grupo de ocho a diez hombres de a caballo perseguían al carromato donde iba la ametralladora. Lograban aislarla de la demás tropa. Una vez que la carroza daba tumbos o se salía del camino, mientras disparaba sin ton ni son y no con mucha puntería, los jinetes se dividían en dos flancos y comenzaban a disparar sin parar. De pronto de una fila del flanco se desprendía un jinete a todo galope. Arrellenado y casi recostado sobre su montura, cambiando su cuerpo de uno a otro lado del caballo en un doble juego mortal por la cantidad de disparos que le mandaban los nerviosos aurigas de la carreta. Una vez que la confusión, el polvo y la velocidad de su caballo superaba a los del carruaje de la muerte. El jinete con la mano izquierda dirigía a su caballo y con la derecha sostenía la reata de lazar. Una vez que en medio de la balacera reinaba la confusión del enemigo, el jinete franqueaba por detrás o por un lado el carromato, y mientras sus compañeros disparaban veloces, se acercaba tanto a la carreta que podía lazar la ametralladora y arrastrarla lejos del fuego enemigo a cabeza de silla entre los gritos de alegría de sus compañeros que no dejaban de disparar y acabar a los contrarios o dejarlos ir mientras arrojaban al lazador de tan singular pieza de artillería y entre el traca traca de los balazos lo felicitaban y de inmediato el arma era llevada con los armeros para su revisión o reparación y que estuviera lista para el próximo combate.

Quién iba a imaginar que el valiente Ignacio Maya muriera precisamente en ese hecho de armas días después de haber realizado la hazaña de lazar una ametralladora enemiga a cabeza de silla en medio de un avispero de balas federales.

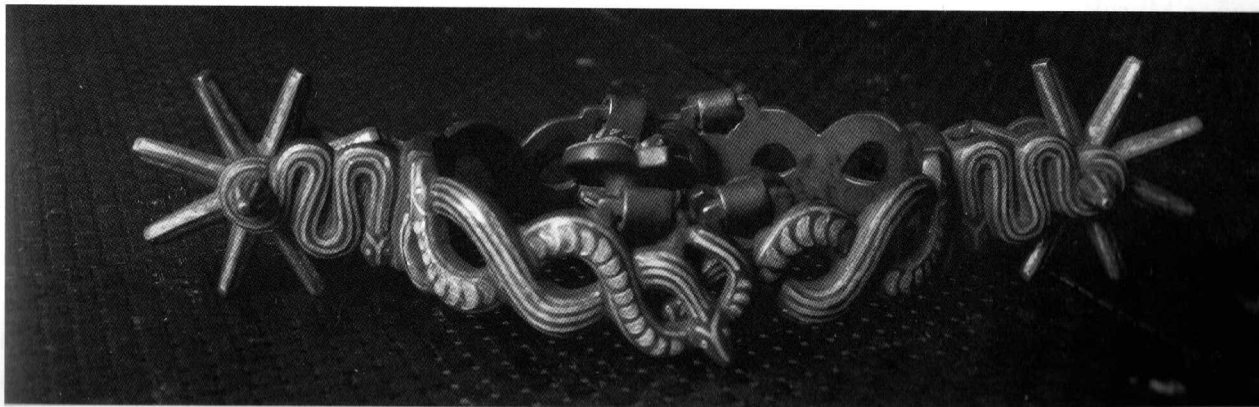


Foto: Emiliano Alanís

EL PORTÓN DE SAN GABRIEL

Yo no lo sé en demasía y tampoco me lo han dicho que voy a estar aquí sentadote en el portón de la hacienda mirando pasar la caballada para saber cuántos retintos han parido las yeguas y también aquí advertirlo todo como cuando me trajeron con mi terno rojo de acólito y mis zapatos nuevos y desde entonces contar y ver pasar a los difuntos que suben o bajan del Cerro Frío y de la gruta encantada o se encumbran sin bajar a San Gabriel con su traje de lo que fueron en vida porque a mí eso no me da grima de sólo estar aquí atado por toda la eternidad a este portón de tepemezquite porque si hay algo de cierto en este mundo es que desde esta puerta se vislumbra todo el universo que dios me dio desde los perros flacos y sarnosos hasta las trenzas largas y negras de las muchachas que salen al colegio o vestidas de fiesta el día del patrón del pueblo al que no conozco bien porque yo aquí como se lo estoy platicando para entretenerme con usted o con su sombra estoy aquí desde antes que se juntara la Toñeta con su décimo marido y no crea usted que es por chisme o envidia que se lo digo, no, es simplemente porque cuando no cuento la caballada que entra o sale de San Gabriel o el polvo de los caballos o el caballo de los polvos no estoy contento, como que no me hallo buenisano si no estoy cuenta que cuenta los zainos y alazanes que pasan igual que los acólitos de la iglesia de San Gabriel o los muertos que salen del templo después de una misa de cuerpo presente al panteón en una carroza tirada por percherones negros y yo aquí contando todo porque esa es mi profesión desde antes que me diera cuenta o que me lo hayan dicho, por mis ojos cruza el todo y los mundos que hay ahí y una brizna de historia hueca que se clava en el aire y se adensa porque aquí estuvo el señor Morelos y otros que dicen fueron o son héroes aquí mismo, bajo los arcos de piedra carcomida por el polvo, a mí eso no me interesa aunque debería porque eso es lo que dicen que fueron una especie de titanes, porque a mí ni me va ni me viene quiénes hayan estado aquí protegiéndose del temporal o de la calina de mayo o de los sables y balazos de los fusiles, yo me la paso sacando cuentas redondas del atajo de mulas y burros, bueyes y caballos que también los hay y buenos en la hacienda que mis ojos se han acostumbrado a sus nombres y en los ojos de ellos veo mi nombre y al nombrarlos por su color se me atora una nuez criolla en la garganta cuando cuento y digo dos güinduris, siete bayos, dos colorados, ocho prietos, un tordillo, otro orisbayo, cuatro retintos, otro grullo con la pata hinchada, sin embargo aunque usted no me lo crea he visto con la misma seguridad en lo que veo que

han pasado sombras que se van repegaditas al sol para no alumbrarse con la resolana y en medio de ellas van potritos volando con sus alitas de querube porque si hay niños querubines en el mundo de allá también hay caballos y burros y mulas con alas que se les ha de nombrar igual por eso no me doy a la pena tanto como antes en que me picaban los tábanos en tiempo de estos animales o en la canícula cuando el calor sube de los cañaverales y enjuta a los vivos y les saca chispas a los muertos que aunque usted me tome por loco es un hervidero de flamas que sube, desciende y se enciende todo el pueblo y es cuando me da miedo quedarme solo aquí sentado bajo el ala del portón de tepemezquite o ¿qué, a poco es de *zopilote* o de quebracho?

Ya no lo sé muy bien porque mi trabajo es contar la caballada que sale de la hacienda pal'monte y de paso enterarme de todo lo que ocurre como la muerte del padre Lima o de los colgados que trajeron terciados en los caballos y que por un descuido no alcancé bien a contarlos a todos ha de ser porque me empieza a fallar la vista o la memoria y no saber si soy nomás eso, un jirón de la memoria o una sombra que se ha pasado la vida a puro contar cuántos caballos entran y salen y sus señas caballares si tienen fierro o son mostrencos si son hijos de la yegua alazana porque brillan como brasa repegada al sol de la noche, o son albos más blancos que la oscuridad que me cubre cuando dejo el portón por una horas y me voy al establo a dormitar contando caballos de memoria que si es un atigrado o aquel bailador es azulejo o el que le llora todavía a la baya que se murió de espanto es un gateado y el que va rengueando porque lo mordió un vampiro es el manialbo pajarero que tumbó al patrón y le sacó un chichón en la frente.

Si son cientos o miles los caballos de la hacienda de tal suerte que de tanto verlos hasta cuando duermo o dejo de dormir despierto los reconozco y ellos a mí porque cuando salen voltean su cabeza y me ven con sus ojos de caballo y su vida de caballo y cuando regresan –que no siempre regresan- me arrendan a ver y entran gustosos parando la orejas y relinchando de puro contento o vaya a saber por qué carajos lo hacen porque lo cierto es que estoy aquí no para saber por qué relinchan los caballos sino para contarlos porque si me pidieran que contara sus relinchidos ¡Santa Melania de Jerusalén! nunca podría con ese encargo y se me complicaría más la existencia pegado a la memoria y de paso óigalo bien reconocerla en cada uno de los acólitos que suben y bajan y en las cajas de muerto

vestidos del santo de su devoción que llevan cargados en la carreta o a lomo de mula por todo el camino que sale de San Gabriel y se junta con todos los caminos de la tierra en esas mismas veredas donde bajan las doncellas a casarse o suben a despedirse del difunto para arrejuntarse con el hombre nuevo o de plano se echan a perder y se vuelven putas o se van a la ciudad de criadas o de plano se buscan un catrín que se las lleva lejos del portón de la hacienda y jamás regresan ni en días de fiesta al jaripeo para saber si estuvo bueno o no hubo heridos ni atrabancados que terminaron ensartados en los pitones de un toro juilón que trajeron del monte todo escamado y al meterlo al corral, empialarlo y empretalarlo aquel animal acostumbrado a ver bosque, arroyos, se llena de pavor al divisar a tanta gente vestida de colores chillantes, se le mete el diabloto y arremete contra los que se le pongan enfrente pitoneando caballos y borrachitos que le salen al paso con un paño rojo entre las manos a manera de capa y con ese mismo paño le amarran las quijadas para que no se les contorsione la cara mientras lo llevan al panteón y yo tengo que llevar también la cuenta de los muertos en el jaripeo y en toda la tierra igual que llevar la suma exacta de los pencos que entran y salen de San Gabriel y si son exactamente nueve cebrados o si el que le sigue es un negro Lobuno de la cara tan oscura como la noche de mis pesares cuando me sacaron a golpes los carabineros.

Y si en realidad son dos caballos melados esos que se parecen al color que sacan de la caña en el trapiche y es dulce y sabroso como los sueños que tengo con la Remedios que hasta despierto con el melado embarrado en los labios.

Y si en medio de un overo galopador que le busca una luna al cielo porque mi abuelo decía que el mundo tiene muchas lunas como las mujeres, va un moro negro con una cruz en la frente y blancas las patas que en la noche hasta parece que relumbran como llamas movedizas.

Y a veces confundo a un palomino con las nubes del alba y es cuando me doy cuenta que me he quedado dormido bajo el portón de tepemezquite donde a diario sale trotando una yegua rosilla que mató al caporal cuando este quiso propasarse con ella.

Todo esto que le cuento es antes de que se viniera como una plaga eso de la repar-

tidera de tierra y me saliera un nacido bajo el ombligo y ni modo a matarlo con compresas bien calientes de alacle del apantle y si no de plano meterle cuchillo porque no puedo abandonar mi lugar aquí bajo el portón de la hacienda y atenerme a mi oficio de contar los caballos que entran y salen y también por costumbre contar cuánta gente hacia lo mismo y nunca vuelve porque se van de braceros o los sacan patas pa' arriba en la carroza del padre Lima que por cierto no le doy razón si vive o ya murió porque eso de ser la memoria de la hacienda me ha torcido las entendederas o me ha borrado la cinta de la cabeza el polvo que levantan los caballos cuando salen o los muertos y vivos que veo entrar y salir por la puerta grande de San Gabriel a la que estoy atado como a una maldición a puro contar el tiempo y lo que pasa en él y a veces me lo pregunto y no vaya a creer que estoy loco si al igual que el padre Lima estoy vivo o de plano ya estoy del otro lado del mundo de los vivos y que conste que esto que le confieso no se lo vaya a decir a nadie no sea que me vayan a tirar de loco y el patrón me quite la chamba de contador de caballos, mulos, burros y vacas que entran y salen de San Gabriel desde antes de que naciera y que seguiré llevando la cuenta hasta el día en que las trompetas del Apocalipsis atruenen en el cielo y la caballada del mal se suelte por toda la tierra y entonces desaparezca la hacienda y yo con ella y ya no pueda llevar la cuenta exacta de todas las calamidades que se vendrán sobre los hombres ni la cuenta de los caballos que entran y salen por la puerta grande y tampoco esté Usted conmigo para contarle mis penas y la memoria se pierda y una vez acontecido eso del Apocalipsis ni Usted ni yo tengamos tiempo de mirar las sombras en que nos hemos convertido o sólo seamos el polvo que levantan los cascos de los caballos que también por arte de magia se han convertido en un trotar de polvo que hasta me pica la nariz y me dan ganas de estornudar como cuando los veía pasar de a de veras y arrendaban sus ojos para saludarme o bien para recordarme que el tiempo no para y que la vida tampoco.

Como los caballos de la hacienda de San Gabriel se van y ya no vuelven o se quedan galopando en el polvo adentro de esas ruedas transparentes que se cruzan con la luz y estallan y se pierden en un movimiento estático que nos despierta y nos hace pensar igual que uno aquí sentadote a puro mirar pasar las nubes igual que siempre sin saber cuándo dejarán de aparearse esas nubesotas grises y blancas como polvorones de azúcar y los caballos dejen de mirarme con sus ojos de vidrio y a veces como de tierra labrada por los sueños bajo el hueco donde según cuentan hace muchos años estuvo la hacienda de San Gabriel.

De eso no le doy razón usted me ha de disculpar señor, porque sin darle cuenta me he ido quedando ciego al extremo que sólo reconozco a los caballos por su perfume y el sonido de sus patas y a Usted pos la mera verdad lo he reconocido por esa señal que tiene en la frente y que a decir de los rumores que llegan a San Gabriel es porque usted, señor mío, ha de estar muerto igual que yo.



Foto: Emiliano Alanís

ME LLUEVE TU CUERPO MIENTRAS CABALGO

Un loco es capaz de perderlo todo, menos la razón.

G. K. Chesterton:

Si, llueve/gotas en sombra/día de guardarse del tiempo/del amor/del amor al tiempo del odio/del amor a la tierra/Día para no pensar/para no amar y desamar/y quedarse callado a escucharla golpear/tras, plum/plas/Esa lluvia fértil/lluvia de miles de años/la misma lluvia que otea mi caballo/y la lluvia/lluvia de una lágrima/La lluvia cursi del bolero/la que no ha caído en mi rostro/la lluvia de Amatlán y Balancán/la lluvia de Real de Catorce/y las albuferas de Nayarit/Esa gota de agua prístina del cielo/y las gotas negras del infierno cotidiano/ esa, ésta/la misma lluvia germinadora/Hoy está aquí/lejana y pulcra/ha dejado de caer en el jardín de las delicias/y la guardo en la bolsa/como a un trompo/un colibrí/y la décima parte del océano/Se hace nudo en mis ojos/rebusca por dentro/un grano de arena/el sol del trópico/un cactus del desierto/La flor de muerte/el vaho de salvación/el palo y la horca/la décima parte del misterio/y esa gota diluviana/que resbala de mi montura/camino de tu cuerpo/para encenderte y disiparse/Llueve/llueve/y mi caballo relincha/y sigue, trota/bajo la lluvia/sereño/bajo la lluvia de tu cuerpo/cabalgo/esbelto y ciego.

CABALLO DESBOCADO

Para Ángel

El sol brota como un manantial de luz diáfana, apretada contra un cirio de llanto y de relinchos. Dos colores sobre la noche que se fue. Dos vías en la vida que se queda y se va. La dualidad disfrazada de esplendor.

Una advertencia rasga el aire como un relámpago quieto. Arriba es una constelación, entre las patas del caballo, coro de luna revuelta.

El potro negro retoza en su corral.

El sol, siempre el mismo, lo reta con su voz de trueno.

Desde la leve colina, el caballo negro levanta cortinas de espuma, abre puertas y ventanas en silencio y puntea con la pata delantera el musgo tibio de la aurora.

No hay esperanza de que no pase lo que pasará.

Él se levanta temprano. Monta potro de obsidiana, cabalga yegua de sueños. Un silencio anterior a la música cubre con uñas de polvo los tejados.

La mañana levita en el humo de los caseríos, arremolina suspiros y penas.

Mala señal dicen los viejos. Cuando el humo no se va a buscar un espejo, la ceniza se queda en los ojos como la tierra que cae sobre los muertos.

El corral es un hormiguero, el caballo negro gravita, da coces, curva los ojos, husmea el aire con sus belfos húmedos.

En la punta del cerro de la dualidad. El amor es un tesoro y la muerte una magnolia. Caballo negro del alba negra, déjate llevar por el dolor.

Que se cierre la tranca que no te deja estar a solas con los muertos. Que se abra la puerta donde cantan los vivos.

Alba y caballo miran el horizonte. Una mancha de garzas cubre la luz de cocoteros y ceibas. Más allá de ese batir de alas, nada. Un ejército de dragos avanza pendoneando con el aire las hojas de su follaje.

Un silencio de cal envuelve los llanos. Más allá del allá y de los confines, la guitarra deshoja una chilena.

El caballo negro baila inmóvil, inquieto mira la puerta.

Nadie ha venido a recogerlo. Nadie se asoma bajo el disco rojo del sol a conquistarlo.

Ni siquiera Él ha venido con su sonrisa de manantial a preguntar por su soledad. Porque si el hombre nació para estar solo. El caballo lo sabe y relincha.

Esa mañana está solo, en medio de la quietud de la brisa y el rumor lejano del mar que desciende sobre la luz con su danza de espumas.

Él se levanta temprano. Algo le dice a su hermano menor. Un sesgo de luz que se filtra por el tejado le baña el rostro. Es un signo, una premonición o el hueco donde se esconde el destino. Nadie lo sabe.

Cada uno sale por la puerta de la casa a enfrentar su destino.

El sol, disco sombrío se asoma entre la punta de los tejados. Haces de luz en partículas cubre el horizonte. Él toma el camino de la Hontana.

Cruzar hasta el potrero es fácil. En el hombro derecho lleva el freno del animal. En la cruz de su corazón son visibles sus años juveniles que florecen y cantan como una parota en medio del llano iluminada por el sol.

El caballo se encabrita. Le brilla la capa. De pronto es un zaino esplendente que se para en sus cuatro patas desafiante. A veces un mulato brillante como las trenzas de las negras cuando salen a tomar el sol de la tarde.

Él no lo imagina. Cruza el pueblo. Las calles empedradas repiten sus pasos. Se detiene frente al templo de San Nicolás. Mira de soslayo el portón de madera carcomido por el tiempo. Avanza. Nada ni nadie lo detendrá.

Ni los ruegos de su madre ni el beso de la novia dejado en un pañuelo con las letras de su nombre tejidas a gancho. Nada.

El caballo lo sabe. Lo espera como se espera a los amantes a mitad de la vida.

A sus diez y siete años todo se puede. Nada es imposible.

El caballo lo ventea en el aire. Lo ve en la niebla de la mañana que asciende formando rizos que cubren la copa de los árboles. Golpea la tierra roja. Astillas de zacate vuelan por el aire. Se enredan en sus cascos finos. Mueve las orejas. Una hacia adelante y otra hacia atrás.

Caballo negro de nobleza. Caballo criollo que espera como el agua dormida en las entrañas de la tierra.

Él llega. Abre la tranca de quebracho. Caballo negro de la noche negra. Baila en mis manos, bajo el gobierno de mi rienda. El caballo zaino le cubre el rostro con su aliento. Se mira lejos, galopando, galopando.

Él lo monta y salen a encontrarse con el misterio. La brisa golpea su rostro. Lo espuelea con los talones. Montar a pelo siempre ha sido su pasión. Sentir los músculos del caballo. El movimiento de su capa oscura como la noche lo bambolea. Sigue el ritmo de su cuerpo. El caballo sacude los belfos.

Sus crines cintilan pendones de luz.

El Caballo Zapatista

Galopan, galopan. El camino se abre. A uno y otro lado, parejas de palomas los acompañan. Ascienden, descienden, vuelan a su lado. El caballo enfila por el sendero de la sombra verde.

Galopa caballo negro, galopa hacia las sombras.

Del galope claro pasan a la carrera. Caballo negro de la noche negra, caballo desbocado de la mañana. Negro caballo que corres hacia el cielo. No te detengas negro caballo de la madrugada. Caballo negro de andar quebrado. Corre, corre, corre.

Allá arriba los espera la tierra. Una flor de incendios. El caballo negro no se detiene. Corre caballo, negro caballo de la noche negra, corre.

Y de pronto, caballo negro de la noche blanca.

Al tropezar con una estaca, jinete y corcel ruedan por la grama.

Ambos giran por la niebla que se ha convertido en un velo impenetrable.

El caballo negro de la noche negra cae sobre el jinete. Le oprime el cuerpo hasta quemar su oxígeno, inundar de cal sus arterias, taponar sus ojos con nardos cosechados en la tundra de la música.

Alfredo ya no alcanzó a despedirse de sus padres, hermanos y amigos. La niebla negra le clavó una estaca en el alma.

Jinete y caballo cabalgan por el cielo y la tierra convertidos en polvo. Son dos sombras en el centro de una alma gemela.

El sol brota como un manantial de luz diáfana, apretada contra un cirio de llanto y de relinchos.

HUIZILTEPEC

Es un pueblo que debe andar en algún lugar del mundo y de tanto mentarlo lo he anidado en mi cuerpo y en la geografía de mis venas. Será maldición o bienaventuranza. Dicen que éstas andan parejo como una yunta. No he podido apartarlo de mí o de plano ya se volvió uno de tantos recuerdos que no sé si existan o ellos sean los que me dan existencia en esta vida.

Todos los días de mis días que paso con las recordaciones, me siento a mirar el horizonte y espantar moscos con la punta de mi paliacates. Muy de pronto, Huiziltepec aparece nítido dentro de una burbuja de bronce voladora, brillante y firme; nebulosa y juguetona. Anda dando tumbos en medio de un mundo de alas que zumban como flechas o balas o chiflidos de pastor encerrados en las burbujas de bronce gelatinoso. Tal y como lo veo, es un pueblo salido de la niebla. Tiene una iglesita que alumbra la noche y una laguna del tamaño de una cancha de fútbol. Esa es su riqueza, no tiene otra cosa, tal vez rastrojeras trilladas por el eco, caballadas de otros tiempos.

Los que ahí viven, son un puñado de ánimas que andan regadas como granos de tiniebla, sembrando surcos de jícama o puntalitos de jitomate y de vez en vez, una parvada de milpa asoma su cabeza de espiga emplumada, seca, engarruñada como dulce de caña que por acá entre la niebla, le nombran "batidillo" o "alfeñique". Me da igual cómo le digan, y si están vivos o andan penando en vida nomás por joder. Desde que la niebla construyó su casa en mi cerebro todo cambió y Huiziltepec dejó de ser lo que era o es y se convirtió en un retazo de neblina que revolotea sin parar en los términos del mundo y de mi pensamiento.

Allá en Huiziltepec, fuera del tiempo de lluvias y la fiesta del santo patrono, no se aprecia la mudanza del tiempo. Sólo el rocío mojando las recordaciones. Y cuando uno va o viene, de la cuesta del cerro al plan, se ve brotar el humo saliendo de las casas en medio de una mancha de nubes cercadas por el vaho de la laguna. El fluido alborota el silencio y sestea sobre una estela de humo de mezquite que por desgana o tradición vuela como una

perla de luz compacta y brillante. Porque hasta donde yo creo saber amigo, nadie vive en Huiziltepec. Y el humo culebrea con el viento como si estuviera en su propia casa y sale de los fogones como el olor a pan recién horneado llenando los odres de la tarde con su aroma.

Al pueblo ese le nombraron Huiziltepec desde antes del antes y del ahora. Seguramente sus padrinos de bautizo no sabían nada. Porque desde que vivo aquí nunca he visto una chupa rosa, del cerro si le doy razón amigo es picudo y tan alto que subiéndose al campanario de la iglesia de San Miguel uno ve como si en la cima del cerro se juntara la tierra y el cielo. Pero eso de que haya colibríes es pura mentira. Al menos yo no he visto uno en años. Esos mentados chupamirtos nunca han existido, al menos en mis recuerdos o trajinan en otro mundo invocando al ánima de los que fueron chintetes antes de los pájaros.

Es un pueblo de neblina y celajes. Un caserío donde la raya del día y la noche ha desaparecido, apenas se oculta el sol por la cumbre del cerro alto y se prenden los focos de San Miguel el pueblo cobra vida. Las ánimas o los hombres que lo habitan salen de sus casas a recorrer las calles donde un perro sarnoso, que alguna vez fue negro, husmea los rincones dejando a su paso manchas grises de tamo o de ceniza.

-Yo vivo aquí desde antes de que comenzara la vida-

Sí señor, como lo oye. Es trabajoso decirlo pero más aguantarlo. Uno crece con ilusiones, pero al ratito se vuelven abominaciones y uno no sabe dónde aventarlas.

Me lo dijo un vendedor de dulces que a su vez lo escuchó de un viajero y éste de un trailerero que se lo confió en la intimidad una caminera con la que durmió toda la noche y se ayuntó con ella por el precio de las tres comidas y que a su vez se lo escuchó al cura de sus mismos labios no ignora si benditos o malditos con todo lo que pasa ahora con los curas que andan volteados al mal. Ese hombre me lo trajo en verso entre las páginas grises de la niebla, escrito con papel carbón en una copia que el rocío se encargó de mojar y por eso no me pude dar cuenta del final.

Y esa ha de ser la causa por la que no le termine de contar el memorial de Huiziltepec, o lo que fue de él o lo que algún día será.

Como ya le expliqué las ánimas a veces siembran, no sé qué cosechan ni cómo ni en dónde, pero siempre anda su trajinar dando lata por el pueblo. Se oye el golpe seco de la coa, el rumor del machete segando hierba y la gota de sudor que cae de la barbilla húmeda de alguna ánima encarnada. Y cuando San Miguel alumbró el mundo, Huiziltepec sale de la niebla y vuelve a la vida. Y me gana la alegría, oigo risas de niñas y niños jugando rondas. Un gavián se levanta un pollo del patio, y los nombres de los que viven saltan entre las gotas de agua y el silbido de la niebla o son desaguados por las golondrinas. Se me había olvidado decirle que aquí son una plaga, igual que las libélulas de distintos colores y tamaños. Cuando las golondrinas se pierden por la punta del cerro, y se van a rodear el mundo, se aparecen los caballitos del diablo con sus alas traslúcidas como lienzo de mixiote y su jeta espantosa. Ellas también le dan vida a Huiziltepec y en sus alas rebullen los hombres que ya fueron y serán. Y aunque no me lo crea, las únicas que se fueron para siempre son las mujeres.

Por más que le pido a San Miguel que las devuelva no me hace caso. Un día la niebla se las llevó por los aires y desde entonces no han vuelto. Y no sé si esa sea la causa de tanta esterilidad. Las vacas ya no paren. La manada de gansos se fue secando de uno en uno y una parvada de guajolotes se volvió de pronto un trueno de neblina que salió volando por la cima del cerro. Las únicas que se reproducen son las golondrinas. Y como nada más anda un gavián pollero no tienen competencia y se han acrecentado en demasía.

Me engaño yo mismo al no escuchar el coro de niños jugando al florón o a pares y nones o a doña Blanca. Lo que me causa pesar es no tener con quien pasar la noche como el trailero con su caminera. Desde que la última mujer se fue, una atravesada a la que le decían la "Autopista", no he tenido a nadie. Ella partió una noche con la niebla de la tarde y nunca volvió. Yo la recuerdo enterita con su cuello de agua tierna y sus dientes blancos blancos y sus pechos como dos odres de mezcal. Por eso tengo el presentimiento, amigo, que Huiziltepec no existe o debe de andar errando en algún lugar de mis pensamientos por-

El Caballo Zapatista

que si no fuera por golondrinas, caballitos del diablo y el silencio de su sombra, le habría de jurar que no existe, con todo respeto.

Usted ha de estar loco, y de remate, porque eso de venir a preguntarme si este montón de tierra seca y piedras puntiagudas cubiertas por la baba de la niebla es Huiziltepec es como para enloquecer a cualquiera, porque entonces yo le puedo preguntar si usted es el mismo que cruzó el cerro alto y bajó por la cuesta montado en un caballo alazán que nomás de verlo se me espantó el sueño ese y todos los días o usted es a quien le platico mis recordaciones, o ya es otra persona o es lo que nunca ha sido ni será.

Mejor váyase por donde vino el último vendedor de refrescos y déjeme en paz, al cabo la eternidad no existe y tal vez ni usted tampoco. Yo seguiré en algún lugar del mundo espantando moscos y libélulas con la punta de un pañuelo seco y destripado por la niebla con la certeza de estar de plano en Huiziltepec o en alguna burbuja de niebla o en un punto desconocido donde los recuerdos no existen.

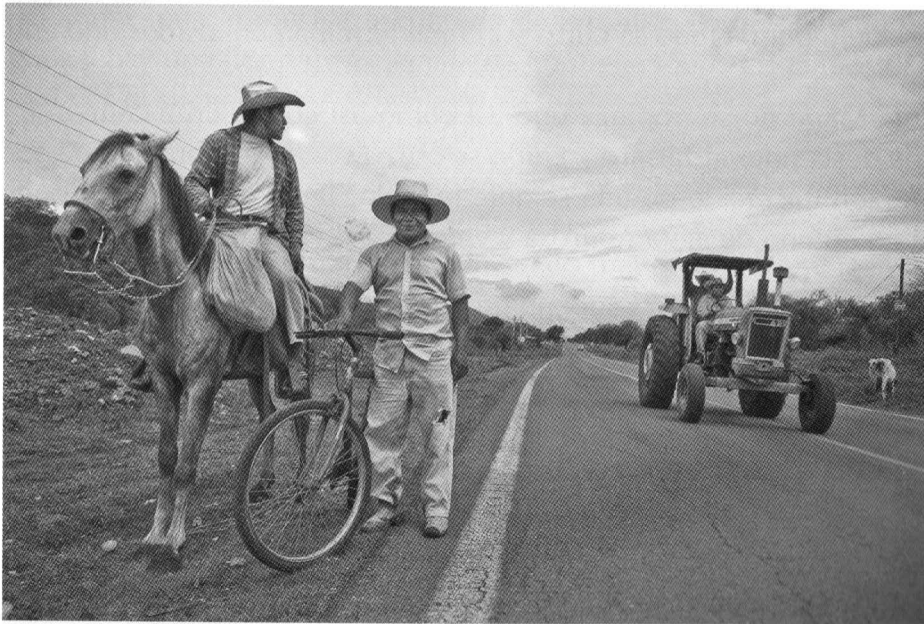


Foto: Lázaro Sandoval. Huichila, Morelos 2012

LA NIÑA DEL CABALLO NEGRO

Una cruz calle no es cualquier cosa, es el centro del mundo y del universo donde confluye la vida y sus misterios. Si hay una sola vida, ésta contiene millones de misterios finitos. Pero estar parado en el vértice que forman las calles de Francisco Villa y Genovevo de la O, en Santa María Ahuacatlán no es por accidente. Aquí el azar no vale como tampoco las casualidades.

El sol cruza con su hálito visible sobre una capa de agua dando de saltos como rana en la copa de los árboles. Un robusto fresno tan grande como la palabra abrevadero recibe en sus hojas a las gotas de luz como si las ranas y el agua tuvieran un secreto. Una araucaria todavía tiene fresco en su cerebro de savia el sueño que tuvo al ser transportada en barco y encima de un mulo y al final depositada en una mansión de tierra donde construyó su casa para pájaros nuevos y viejos, gusanos que brillan en la noche y hormigas de cabeza roja. Y goza con sentir como sus raíces traspasan contrafuertes de piedra, cimientos de roca y cuando nadie las oye, suben al altar mayor de la iglesia a cantar con su voz imantada acompañada por el viento que gravita y corre debajo de la tierra y anima con su voz a los aires de más arriba del cielo donde todo se curva y al final terminan enlazados uno encima del otro.

En Santa María no se tropieza uno así como así con la cruz calle que hizo dudar a Orfeo antes de descender al Tártaro y Edipo se cruzó con la sombra de otra sombra envuelta en el caparazón traslucido de una semilla maldita. Tampoco el conjuro que convirtió al dragón de fuego en uno de agua salitrosa y verde.

En el mismo lugar donde el caballo de Genovevo se paró en seco al escuchar el pitido de un tren fantasma que bajaba de las nubes confinado a convertirse en chatarra vieja como la revolución.

Genovevo de la O fluye de norte a sur y Francisco Villa de oriente a poniente o bien de sur a norte y de poniente a oriente. Aquí no hay dimensiones. Sólo sé, quiero entender y lo supongo, que se trata de un punto referencial, porque así está escrito por alguien que desconozco y que tampoco me importa saber de quién se trata.

Creo estar en el centro de Santa María Ahuacatlán, un pueblo donde mi abuelo tuvo un rancho y una mujer que lo dejó triste y solo. Yo le apodé la Gitana porque la recuerdo entre la neblina del vaho de su voz con sus ojos pintados. Un rizo negro en forma de navaja de cola de gallo en cada sien. Labios rellenos de carmín y una blusa con grandes flores rojas estampadas sobre la curva perfecta de su seno.

Pero eso ya no importa hoy. El día se fragmenta y salta en el sonido de una bicicleta, entre las patas de un hermoso alazán negro. Su capa, al contacto con los rayos de sol, capta la luz y la negrura alcanza un tono brillante que ciega la vista. Sus ojos son vivos y están alertas. Del corcel de fuego negro que porta una montura bien enjaezada y blanca, seguramente aliñada con plata o alpaca, desmonta una niña vestida de blanco con un bulto de "algo" entre los brazos. No alcanzo a ver bien lo que guarda con recato. El caballo se queda quieto como un río que avanza. La niña cruza frente a mí con su andar de tierra poblada de sueños.

El sol cae en forma directa sobre mi cabeza. O es una suposición. Me cubro con un sombrero de palma. La gente que cruza de sur a norte o al revés, camina muy suelta como si llevara en su andar toda la música escondida de una flor. Porque hay flores con versos, flores con sueños y hay una flor muy especial que contiene todos los pianos del mundo y su principal sinfonía es el silencio.

Pero eso tampoco importa. Me guarezco del sol y entre las alas del sombrero y el espacio que me queda veo cómo transcurre la vida. Y como soy tan desmemoriado he olvidado que Edipo ya no existe y que el Tártaro es un sueño metido en otro -y los otros en otro- y así hasta la eternidad. Me temo que la verdad no dice nada, pero me ayuda a descifrar este instante, que es -otro- y dentro de mi instante se meten otros y su cohesión impalpable los impulsa a fragmentarse y a consagrarse en uno sólo incapaz de serme revelado.

Y aquí reside el misterio, como el que guarda entre los brazos la niña del caballo porque estar parado en la cruz calle de Genovevo de la O y Francisco Villa es como estar en dos polos opuestos de la historia, del tiempo y de la vida.

Y vuelvo a la desmemoria, últimamente me aqueja. Andar con los recuerdos en la

espalda es una carga más pesada que transportar un lingote de oro o un costal de carbón encendido. La memoria pesa, pesa más que una cinta blanca, que un gajo de sol, que la araucaria del templo o el fresno del rancho de mi abuelo que cantaba por las noches al amor y al miedo con una guitarra desafinada. ¿Estará buenisano o ya lo mató la desesperanza?

De pronto me inclino para ver la caratula del reloj. Es tan callada, somnolienta, que a veces se me escapan las horas y con ellas se aligera lo pesado de la memoria y de los sueños. Y sin saber por qué, dirijo la mirada a mi reloj de pulsera. Las manecillas marcan las once con cuarenta y cinco minutos y lo que lleva el segundero, que no importa tanto.

A esa hora, en la convergencia de los caminos que se bifurcan, uno a oriente y otro a occidente o viceversa, "algo" está a punto de suceder. Caminos que recorrí de niño sobre los empedrados mojados por la música de la lluvia, porque no sólo las flores o las piedras tienen música. Y amparado por el torrente de luz, vi salir de un muro de cal y canto a una mujer con un niño dios, de tan bello que parece muerto y de tan hermoso está vivo. Lo lleva en su regazo como la niña que bajó del caballo negro y que traslada "algo" entre sus brazos sudorosos aun por las subidas y bajadas de los senderos en el bosque.

Y tras esa mujer una niña se multiplicó en cinco y de estas cinco surgieron en la cruz calle un número inimaginable de mujeres, hombres, jóvenes con aretes en la oreja y madres con muñequeras de cuero en el ante brazo. Aquello fue un torrente. Niños vestidos con estolas de musgo como terciopelo morado o dorado. Vestidos de seda, tul y popelina. Sentados sobre andas de cedro rojo, o en sillitas de pino. Dormidos en canastos donde sus sueños brotan y salen de la estera e inundan el aire de las once cincuenta. Un niño dios enorme, casi tan grande como la mujer que lo porta vestido con un ropón nuevo, de seda blanca y roja. En su frente destella un tocado con la forma y estilo de un penacho de plumas de oro. Sus bucles bruñidos hacen juego con sus ojos cuyos párpados pulidos más que un crepúsculo cintilan a cada paso de la mujer que lo balancea a uno y a otro lado, como si el mismo barco que transportó a la araucaria lo llevara de uno a otro mundo. Los ojos del niño me ven con su pupila quieta como si tuvieran vida propia.

En la esquina de Genovevo de la O y Francisco Villa la invasión de seres con niños en los brazos me obliga a pensar que ser niño es ser un poco de colores con algo dentro, como

lo que porta la niña del caballo. Ambos nombres, el de Genovevo y Francisco, son testigos mudos de este acontecimiento.

Trato, intento, de no ver el sol de frente. En el atrio de la iglesia un cedro asoma sus ramas para ver la procesión de niños que acuden al templo llevados por sus madres o padrinos. No lo sé con certeza y tampoco importa. Me comienza a fallar la memoria de lo cual me alegro, porque eso de cargar un sinfín de memorias en la cabeza, antes dije que en la espalda- pesa más que si llevara las cruces de los mártires de la guardería ABC en uno de mis hombros y a todos los niños recién nacidos, asesinados por la guerra, torturados, secuestrado y esclavizados en mis brazos. Eso sí debe de pesar más que las evocaciones y la memoria de los recuerdos.

Súbitamente y sin avisar, de oriente a poniente se oye en el vaho de la mañana fría un resonar de caballos que sólo yo escucho. Reconozco a Pancho Villa vestido de neblina que llega con sus Dorados. A diferencia del caballo negro alazán, sus cabalgaduras son del mismo vaho de la mañana. Me asomo por un callejón del aire y los veo. Vienen a trote, gallardos con sus espuelas de bruma y sus armas brillantes como pulpa de uva. Son evanescentes. ¿Son el producto de un sueño? ¿Es una revelación? Los caballos traspasan con su galopar a transeúntes y autos. No son de gelatina, los caballos y sus arreos están hechos con la misma sustancia del vaho que sale de las fosas nasales y la boca de los congregados a esta hora en las dos calles que forman un círculo dentro de un rectángulo. El espacio por donde avanzan estalla en pétalos, aristas y centellas. Pasan frente a mí y alcanzo a ver que Villa me guiña su ojo izquierdo en señal de algo. Avanzan sin detenerse hasta que los pierdo por la puerta norte de la iglesia.

Una vez repuesto de esta visión, intento fijar la vista en un durazno rojo, en el montón de aguacates que una mujer vende desesperada y sonriente. Y antes de calmar mi corazón que bombea tam-tam como un tambor del alba, frente a mis ojos azorados, la caballería zapatista de Genovevo de la O viene también. Hacen resonar címbalos de cuerno de toro negro. Su cuerpo está hecho con el mismo barro del vaho, semejante al de los villistas. Al centro de su estado mayor, Don Genovevo, como le decían aquí en Santa María, pasa sin mirarme, será porque mi padre alguna vez me dijo que fue un general al que conoció y que le gustaba beber coñac cosechado en los huertos frágiles de Zacualpan de Amilpas.

-Es muy gruñón y huraño- me dijo. Pensé no es para menos.

Los jinetes galopan por la encrucijada rumbo al sur. Traspasan como si entraran en una materia de humo a personas, tenderetes, guisantes y el puesto de barbacoa. Un par de jinetes al franquear la puerta del norte, se quita el sombrero en señal de reverencia. Saben que muy pronto, en cualquier tecorral, mogote, hondonada, van a morir.

Algo singular; ni por los belfos de los caballo ni por la boca de los jinetes, expulsan el vaho que de pronto a cubierto la mañana y se balancea y flota sobre las copas de los árboles y las nubes de más allá del cielo.

El caballo retinto de Genovevo pisa una flor que permanece ilesa y me sonrío.

Y al término de esta procesión ecuestre una mujer, más hermosa que la palabra mujer, se para frente a mí. A pesar del frío lleva una ligera licra ajustada al torso y pantalones vaqueros. La veo de lado y miro sus hombros desnudos del color de la guayaba rosa. Su cabello, más hermoso que la mujer que dice que habita la palabra hermosa, le cae sobre los hombros en forma de cascada. Al girar le descubro el tatuaje de un ángel descendente sobre el omoplato izquierdo pintado en tonos suaves y dorados. Y al avanzar, descubro que en el derecho, un demonio ascendente; pintado sobre su piel con color un azul oscuro, sonrío con malicia. Me mira y sin decir nada me deja un ramo de agapandos del mismo color que el vaho que sale de la gente que cruza las calles de Genovevo de la O y Francisco Villa.

Permanezco en silencio. Todo gira. Nada de lo que he visto es común. ¿Qué es ser común? Comer, ir al teatro, vender fayuca, dar clases, toser, ir al baño, estar parado en el cruce de las calles el mero día de la Candelaria en Santa María a esta hora en que un crujir de avispas rasga el aire y el vaho tenue de la gente asciende sobre la copa de los árboles del atrio del templo. Y en medio de todo sigo varado en el centro del mundo donde las caballerías se cruzan y el galopar de los caballos no hace ningún sonido y en el fondo de más allá del fondo de "algo" sólo se oye mi voz interior que suena como el corno de las tropas zapatistas y el sonido ambulante con el que un niño dios fue acompañado hasta las puertas del templo.

Y parado, con los ojos en llamas, sin saber qué hacer, clavado por el sopor de la neblina de los caballos y el cabello como una cascada de la mujer hermosa, más hermosa que la palabra hermosa y su licra ajustada, en cuyos omoplatos hay dos tatuajes uno que sube y otro que baja sin saber con precisión si lo que sube, sube o baja, estoy aquí, varado en medio del neblumo.

Sin tener conciencia, ¿acaso llegamos a saber "algo" de la conciencia? Y ¿qué significado tiene? Para estar hoy, metido en el cabalgar de los instantes a esta hora del dos de la Candelaria en que me encuentro varado en el centro del círculo que forman las calles de Francisco Villa y Genovevo de la O, a un costado de la iglesia, rodeado de vendedores ambulantes, carnicerías, taquerías, verdulerías y de seres con un niño dios en brazos camino del templo.

Algo espero. Ignoro qué es. Porque la brisa lanzada por los caballos al cruzar el centro del mundo ha dejado un leve olor a neblina roja.

-Y yo mismo me contesto aunque no me escuche nadie-

Sí, eso ha de ser. Siempre he sido maniático con los aromas. Y no me engañan, porque en cuanto cambié de posición y gire el cuerpo hacia el sur, vi ahí, bajo la fronda del cedro gigante a la entrada del templo, a la niña del caballo. Toda de blanco. Cabellos negros como el centro del mundo y de las calles. Sola, envuelta en la neblina del poniente. Tal vez vino de Buena Vista del Monte o de Ocuilán. Cubre su cabeza con un chal rojo que porta con elegancia. Zapatillas blancas y medias blancas. Tiene trece años y algo. Sus trenzas del color del caballo caen sobre su espalda sin dejar de caer en una especie de inmovilidad en movimiento.

Dejo mi guarida en la pared de las calles y camino a paso acelerado hasta donde la niña ha desaparecido de mi vista y ahora debe de estar caminando por el sendero que conduce al templo. Arrecio el paso y al llegar al vano de la puerta del norte la veo de espaldas. A uno y otro lado del camino hay tenderetes y la mujer de la licra negra ¿o fue roja? y los pantalones vaqueros me mira desde su rostro de medusa que arde y canta en el fondo del mar mientras sostiene entre sus hermosos brazos, más bellos que la palabra instante, un niño dios de madera de ébano cuidado por los dos ángeles que suben o bajan por su espalda.

Y entre la mujer de los ángeles y el vacío de la puerta, la niña avanza. Su trenza brilla sin caer ni subir por el universo de su espalda. De pronto la niña se detiene, hace girar su cuerpo hacia mí. Enterada –por algo– de que me interesa saber que lleva entre sus brazos, me lanza una mirada y sin recato me muestra ese “algo” que lleva entre las manos.

Es una estera hecha con orquídeas de distintos colores y con el reflejo del sol del oriente se convierten en un mundo de cristales que refractan la luz, la desnudan y la dejan libre. En el centro de aquel receptáculo de sépalos, un niño dios forjado con pétalos de las mismas orquídeas, cubierto de un fulgor radiante me mira. Me lastima los ojos pero lo sigo observando. La niña extiende sus brazos y siento como de la cueva formada por sus dos manos brota “algo” y un brillo segador me baña con su luz. Me está invocando y me está atrayendo a ver ese “algo”. Pero de pronto, el corcel ya no es el caballo negro alazán con ojos de rayo. Ha tomado la misma consistencia neblinosa de los caballos de Villa y Genovevo. El caballo de niebla entra siguiendo la misma ruta que la niña, que al caminar, cambia del blanco de su ropa a la evanescencia que va perdiendo la mañana y se transforma con ella. Sigo con la vista el caballo que me impide verla y cuando el corcel se coloca a su lado la niña de vapor de niebla, me guiña uno de sus ojos, no recuerdo cual. Monta el caballo y entra a la iglesia en medio de un coro de luz que la verdad, de pura chiripada, no me dejó ciego.

Caballo y niña se convirtieron en un conjunto de pétalos de nube, se transparentaron y traspasaron la muralla humana disolviéndose en millones de corolas de bruma como la girándula del castillo de luz. Atravesaron sin chistar la puerta de la iglesia, por encima de los mismos hombres, niños y mujeres, viejos y jovencitas que vi cruzar antes o después de las apariciones, en el centro donde convergen los caminos, en las calles de Francisco Villa y Genovevo de la O, en Santa María Ahuacatitlán, el domingo 2 de febrero día de la Candelaria.



Foto: Lázaro Sandoval.

LA NOCHE DEL CHINELO

Cruza la música el follaje de limoneros y naranjos, de aguacates cubiertos de floración incolora que semeja penachos erguidos como sortijas de novia plantada en un charco de sombra. Se suelta un canto de la noche sin estrellas ni nada. Todo arde. Arden mis ideas, el sueño que canta parado sobre el pico de un jilguero herido y en el jardín de la casa susurra una brisa distante, minusválida, incapaz de parar el inicio de una metáfora y del misterio.

Desde el balcón de la casa que mira al norte, veo como la luz se agrieta y de cada juntura salta un sonido velado en medio de tonalidades y acentos maleables que serpean y cabecean en un brocal de oro que la altura sopesa con fragilidad y un coro de nubes gravita y se aleja y lo llevan de la luz a la sombra, del cuerpo al deseo del cuerpo del deseo a la música.

Pienso, trato de pensar y mirar donde los ojos se nublan y la mirada desaparece de la física y corre veloz a sumergirse en un adensamiento de hojas plateadas y rojas que dan voces hundidas en su cubil de flores. Se detiene en ramas y pétalos del limonero. Asalta la cúpula del aguacate mayor y desciende zigzagueantes al césped cubierto de una sustancia blanca y pegajosa que cintila con millones de ojos, esencia de las flores y una lágrima del limonero: extensión del universo.

Y entonces te percibo entera, cubierta de agua indócil, de llamas como el plumaje del jilguero que ignoro si es real o producto de un sueño y si tiene un pico como una cimitarra o una ganzúa. Y si la música que viene con las olas del aire es producto de otro sueño y en medio de su avance y retroceso un tambor golpea y danza en tu cuerpo y en medio de su cuerpo la noche constelada te cubre de plumas como las flores del aguacate y más allá del alfeizar sólo la noche abraza con su ausencia al aire que sopla y golpea, se incendia y quema mis pensamientos y tú estás boca arriba y mi lengua te penetra y te recorre, descubridora de mundos ya existentes, marinera de agua dulce que bebe en tu piel la nada de la música y el sonido del sueño que gravita en la punta de un pedernal.

Y de pronto el limonero camina, se desprende en silencio de su estar en tierra y circula hasta el portal del balcón que mira al sur y donde tú y yo nos hacemos el amor como condenados a muerte y la música del son no para y la tambora te cubre con su aliento de cuero viejo y oxidado y suena como en la noche del misterio a un costado de la hoguera incapaz de informarnos como empezó el amor por los sonidos, el deseo por tu cuerpo que desaparece de mis manos y de mis dedos que te buscan vestidos de sabueso.

Y bajo la fronda del limonero que se agacha para vernos, el perro de mis dedos te olisquea, te recorre y ladra, te encaja sus garras y sus uñas y sus dientes y te deja un collar de baba cálida y transparente como la nata que cubre a la noche y ésta al mar cuando pare gemelos y en el cielo la señal no aparece y sólo tu cuerpo es real y tus labios y los labios de tu piel que mis uñas penetran y hacen sangrar y toda tú, herida como el jilguero del sueño, despiertas al animal de mi cuerpo y al dragón de mi boca y te sitio, te invado, te cubro con las manos de mi cuerpo y la garra de mis dedos que te vuelven a recorrer con la misma sencillez que una flecha al penetrar la piel y desgarrar tejidos y vasos capilares.

Y en medio del jardín tu cuerpo danza con la música del chinelo. Y las plantas y flores nocturnas también bailan y de pronto el jardín, que gira de norte a sur, encalla en los párpados del fresno central y tu cuerpo se me resbala, se evapora y serpea en medio de un mundo de gorjeos de un pájaro desconocido que te penetra y conquista y más allá de tu cuerpo que arde el pájaro que ya no canta se sube sobre mí y te traspasa con su pico de garfio y la casa se estremece y por la ventana del norte una baba traslúcida entra con su tambor de furia y un coro de feromonas se desgarran en el vaho que espumea en el cristal y entre sombras que brillan o cuerpos que se adensan y penetran en tu cuerpo y el mío y el son del chinelo vibra, se sale del saxofón y brota de la trompeta como un silabario que me llega de tus labios y descende por tu cuello, hace resonar tu pecho y bebe luz en tu piel, en esa comisura central entre seno y coseno que se quema las entrañas en el segundo piso de la casa del Mirador donde canta el jilguero y las plumas de sus alas son flores de aguacate y azahares blancos del limonero.

La música es un mantra de tierra. Tu cuerpo la tierra donde vibra el mantra. El chinelo es un cuerpo sin cuerpo. Es tu cuerpo que vibra sobre la punta de los pies y las estrellas. Y no es nada. Un soplo de plumas como las flores del aguacate. Un danzar en silencio que vibra. Es movimiento sobre la pluma que estalla y se pliega a las alas del jilguero. Y a tu cuerpo de plumas cálidas. De alas sordas. De garras como cometa de carne y hueso que se mueven sobre una elipse de baba cósmica.

Y tu cuerpo me ablanda y el sonar enhebra al son y el golpeteo de tu vientre contra el polvo de cientos de danzantes que hacen resonar la tierra y sus cimientos llegan hasta nosotros. Tiembla el mundo. Se activa en sus goznes de lava y ceniza y agua y fuego y hálitos de oro y nada. Y todo es música. Y todo es lenguas de agua.

Y en el balcón del norte de la casa del Mirador, miles de cuerpos se enlazan y la tierra tiembla. Y el caballo del deseo los cubre con su hálito y el golpe del tambor golpea al tuyo y tu corazón con son y sin el son del corazón me atrapa y me cubre con su respiración ardiente y glaciado.

Y baja a tus senos. Y te cubre. Te da de beber. Y te mata su sed. Y te llevo en mis labios. Y te columpio. Te beso. Y nos enlazamos. Y te penetro. Y me haces girar. Y tu vientre es un cielo y tus nalgas otro. Y tus muslos. Y tu sexo. Y tus aromas. Y toda tú penetrada por el corazón del limonero no te deja escuchar el canto del jilguero y en la comba del cielo que sube y baja, el son del chinelo estalla.

Y me quema y te quema. Y nos penetramos como locos. Somos locos uno dentro del otro y los dos dentro de nada. Un mundo de gorjeos. De hojas verdes que te cubren y me arrojan, me llenan de su ser sin ser. Y me dan a beber clorofila. Y tú te bebes la mía y succionas mientras el limonero se levanta de su estanque de tierra y camina decidido a perderse. Y la brisa que deja sus hojas en los pliegues del aire, te llena la boca de aromas. Y nace otro mito y tú sueñas sin dormir en mis brazos.

El Caballo Zapatista

Te acurrucas dentro de mí y yo me duermo en tus labios. Y en el jardín todos danzan. Danza el césped y sus corolas de cieno. Bailan los helechos y sus esporas cohabitan con mi lengua. Y el son cruje. Y el son, calla. Y una mata de geranios tristes se alegra en la rama de tus labios y se deja amar por tus dedos, por el aroma de tu sexo, por la gracia sideral de tus uñas. Por el ocio del cerebro que gime.

Sí, el cerebro donde anidan otros pensamientos que me asaltan cuando te penetro y hay llamas dentro de ti. Y el sonido del tambor golpea al pájaro de la noche y tú descendes a mi cuerpo. Libas de mi ser sin ser. Bebes la miel del obelisco. Extraes la sal de mi sangre y te quedas dormida sobre una mancha del riojano que hemos regado sobre las sábanas mientras la música se adensa y se convierte en silencio.

Un cuerpo baila. Tu cuerpo fosforece y el chinelo del espejo se cubre con plumas. Suaviza tu desnudez con hebras de plata. Con las flores del aguacate que imitan el canto del jilguero y el sonido del viento que se lía con la música del trombón y estalla en el centro de ti.

A esta hora en qué en la plaza pública la gente se ama, se desea y se odia, no hay extremos que no se junten. Todo es como el viento que cruza el jardín, la cuenta del compás al resonar de las estrellas y el brinco del chinelo que te invade. Te posee más que yo. Más que un toro. Más que los dedos de mis manos y el cuerpo de mi lengua y los labios de mi ser.

Y te cubres. Te haces a un lado y te penetro a ritmo de son y el sesquiáltera florece en la cúpula del limonero en pleno invierno ya muy cerca de la primavera en este mundo que no cambia y que pasa de un extremo a otro del jardín del sur de paso hacia la nada.

Atrás del cristal y del espejo. Detrás de ti. Encima de ti. A tu lado donde el perro de mis manos te olisquea y muerde y en la noche de los esplendores sólo el silencio canta cuando cesa todo y el chinelo te abandona en medio de mi cuarto. Desnuda de música y de flores te encajas en mi sexo y bailas. De un brinco al otro de tu cuerpo. Tu pubis es el sol. Tu pubis es un tren que descende por un túnel al fondo del viento.

Y de pronto, todo cesa. Es el brinco del chinelo que se ha plantado en tu cuerpo como el limonero en el universo y el jilguero en medio de tus piernas donde canta, clava su pico y se queda callado, silencioso como la música del son que se altera y goza. Cambia de rotación y regresa al mismo punto de partida.

Igual que el universo. Que las gotas de tus ojos. Que el crepitar de tus labios en medio del jardín del norte que no conoce el sur, invisible a la música del chinelo y a mis manos y mis dedos que te buscan en el jardín oscuro de mi casa donde no pasa nada y sólo se oye perdida entre brumas el son de la tambora y la música de flautas.

Amanece y no hay nadie en la casa, en el jardín, y entre mis brazos. Sólo el canto del jilguero y la música del chinelo se adensa y cubre el balcón del norte donde tu cuerpo huele a flor de limonero, a brinco del chinelo, a esencia de flor del aguacate y a nada, a nada. Todo es movimiento. Nada cambia ni es eterno. Fluye y danza.



Foto: Lázaro Sandoval. Rancho El Salado 2013

Entrevistas

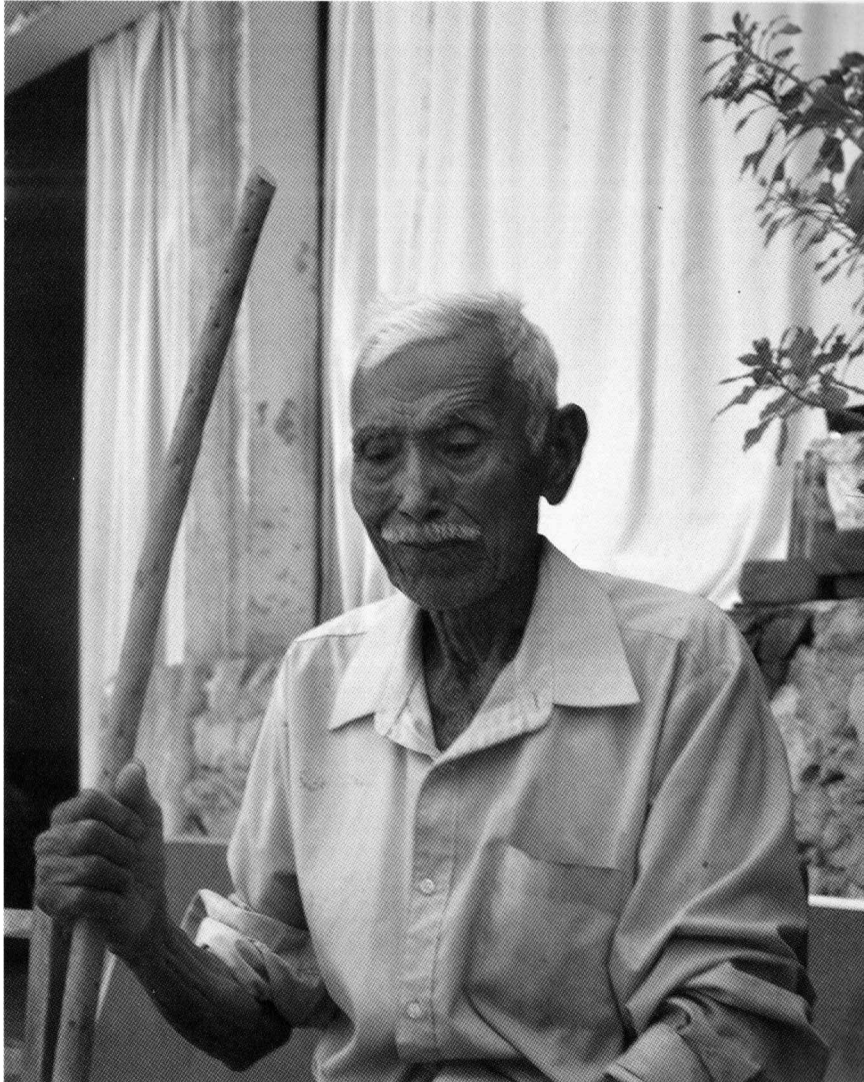


Foto: Emiliano Alanís. Moyotepec, Morelos 2013

Efrén Abundes Tapia

Entrevistas

El libro recoge el universo del jilguero

que queda en la memoria y el tiempo

de un pueblo y su historia

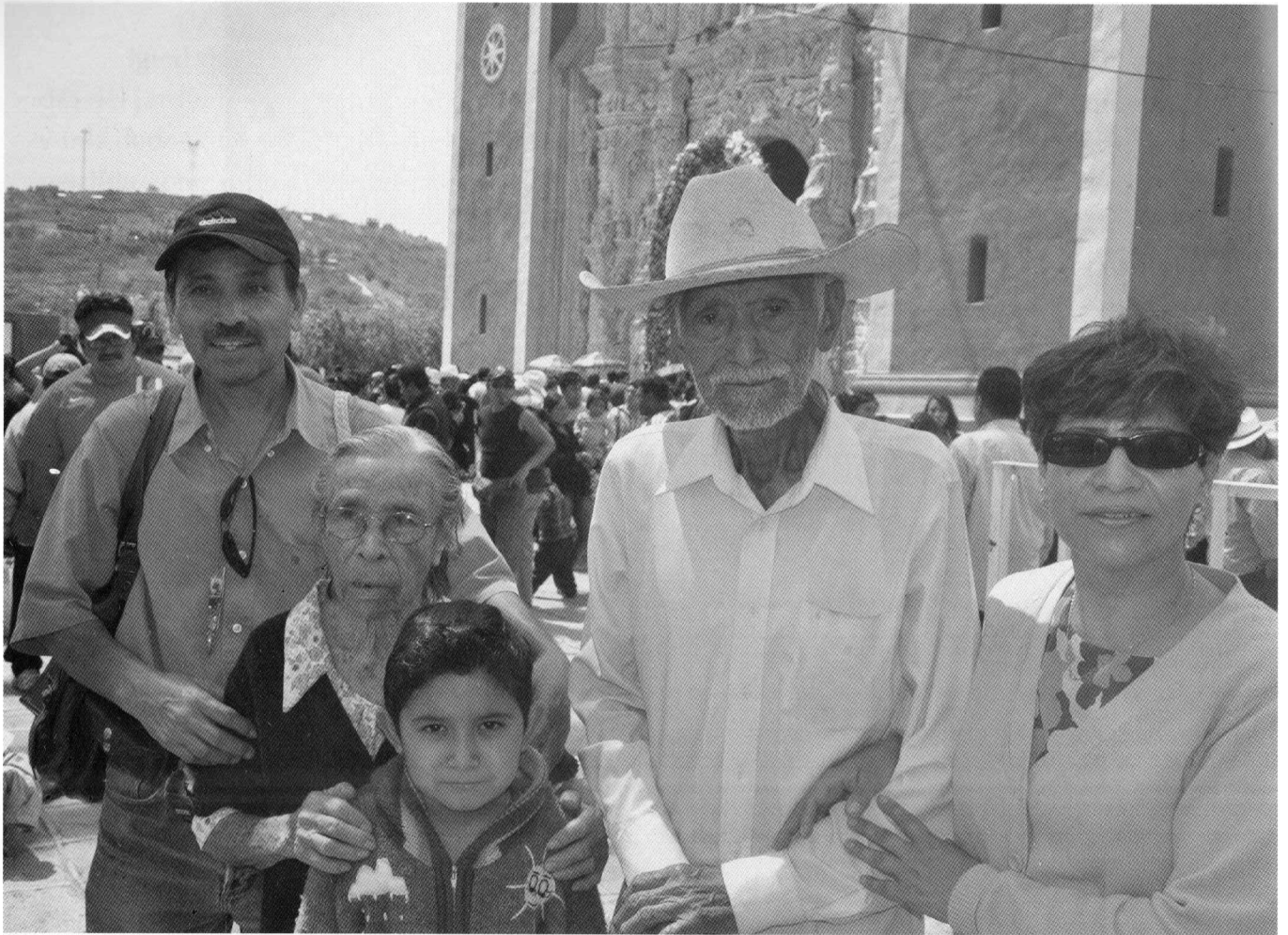


Foto: Emiliano Alanís. Tepalcingo, Morelos, 2013

Don Efrén y su familia.

EFRÉN ABUNDES TAPIA

Hablar de don Efrén Abundes Tapia es bucear en las profundidades de la tierra. Escuchar el rumor del magma y el aroma a caña tierna. Es encontrar un astro y sacar una semilla. Abrir la semilla y encontrar un caballo.

Y galopar en los arrecifes del cuarzo, en ríos de esmeraldas y montañas de rocío, y no detenerse hasta llegar a una fecha, 19 de junio de 1919, cuando nació, noventa días después de la muerte de Zapata en Chinameca. Don Efrén llegó al mundo montado en la Vía Láctea que lo mira con sus enormes brazos de leche y sus ojos de cristal cortado con un diamante de meteoros.

Lo conocí en la feria de Tepalcingo, el encuentro fue alucinante. Entre el gentío que espera turno para mirar la imagen del santo patrono, Jesús de Nazareno o el Señor Aparecido, quien se manifestó en el poblado en 1681. Esta feria que cuenta a la fecha con 332 años, es visitada por peregrinaciones de varios estados del norte y centro del país, así como del sur-sureste, entre otros estados que van en busca de la sanación de algún mal. Y desde que iba del brazo de mi padre se notaba –como ahora- una presencia multirracial indígena. Caminábamos frente al templo de origen alquímico, entre penitentes que portan una corona de flores en la cabeza, mujeres de noventa años, jóvenes morenos y blancos, cobrizos y güeros, entre nubes de copal y un surtidor de agua bendita que un diácono vestido de blanco esparce en las cabezas de los peregrinos.

Súbitamente, como salido de una novela o de un sueño, vi la figura de un hombre delgado, recto como rama de bambú, con el sombrero ladeado que sobresalía de entre la gente.

Se me quedó mirando fijamente y sin más preámbulos desde la distancia que nos separaba me preguntó:

“¿Oye tú, dónde venden las sillas de montar porque quiero comprar una para mi caballo?”

Fue una pregunta alucinante.

¿Por qué entre tanta gente, Don Efrén se dirigió a mí, que no vestía como campesino, al contrario, más que morelense me confundían con turista? ¿Por qué me hizo esa pregunta directamente, sin mirar a mi hijo Emiliano y mi hermana Cheny que iba con nosotros?

Es una pregunta que nunca tendrá respuesta.

Como ya habíamos recorrido la feria, le di las indicaciones pertinentes para llegar al lugar. Lo acompañan su esposa, uno de sus hijos y nietos. Y ahí en medio del paso de los peregrinos, esquivando sillas de ruedas, fieles de la fe y las enfermedades, pobres que no tienen para un hospital y acuden a la sanación espiritual a como dé lugar, platicamos de caballos. Le expliqué que estoy escribiendo un libro y el gustoso me invitó a Moyotepec donde radica para contarme su historia.

Conocí a su esposa, una mujer pegada al silencio que habla cuando calla y sabe mirar con esos ojos que lo han visto casi todo, por pláticas y enseñanzas de Estanislao Tapia y el tío Felipe Alanís, los Tapia de esa región son de la familia de mi padre.

Nos identificamos, y de plano Efrén no soltaba la cuerda de la plática y acordamos ir a verlo a su casa. Efrén y su familia se perdieron entre la gente.

Dos semanas después lo visito directo en su casa para la entrevista. Me acompaña mi hijo Emiliano quien se encargará de la fotografía.

Moyotepec es una localidad perteneciente al Municipio de Ayala, antigua Maxtlan, tierra de grandes hombres como don Francisco Ayala (1760–1812) que participó en el rompimiento del sitio de Cuautla y pieza clave y estratégica por el conocimiento de la zona para el general Morelos. Sitio en que permaneció del 19 de febrero al 2 de mayo de 1812. Lugar de nacimiento del promotor del magonismo y maderismo en Morelos, Pablo Torres Burgos (1877–1911), hijo de Nicolás Torres y de doña Margarita Burgos. El futuro general maderista se graduó de maestro en Cuautla. Este hombre menudo y sumamente

organizador en 1919, con Lucino Cabrera y Refugio Yáñez, fundó el Club Liberal “Melchor Ocampo”, cuyas tareas fueron concientizar a los campesinos e impulsar la candidatura de Patricio Leyva en contra de Pablo Escandón, hacendado de Atlihuayán y candidato oficial del porfiriato. Este club estuvo integrado por Edwiges Sánchez, Emiliano Zapata, Francisco Franco y Teodoro Plascencia.

Moyotepec tiene 3554 habitantes. Es de calles empedradas y cuenta con una casa ejidal con rostros de Zapata. Su casa está en el “mero” centro de la demarcación, ese día, diminutas palomas negras de ceniza –en vez de moyotes verdes- cayeron todo el día cubriéndonos y dejando en techos y calles una fragancia a caña quemada.

Don Efrén nos recibe en su casa, es medio día y el calor sube como pila de voltios negros que se atorán en una mata de helecho que nos guiña con sus esporas por la falta de agua. Nos da la bienvenida su esposa, una mujer menuda cuyos ojos semejan un par de lumbreras.

Estar con Abundes es acordarse que el tiempo se detuvo en el galope de las eras y en el suspiro del cielo. Es conquistar el río de Huautla donde el agua se tensa y gira, da vueltas y galopa entre encineras y matas de otate, material del primer templo y primer santuario de la tierra.

Él es originario de la región de la sierra de Huautla donde su padre tuvo un rancho y la mayor parte de su vida la pasó en esa región de selva baja que hoy es un santuario ecológico.

Cuando habla hay que seguirlo entre seres de piedra y nostalgia. Por medio de su voz hay que trotar por Tlaquiltenango y encontrar un muro bruñido de cal.

La huella del olmeca y el misterio. Recorrer con los ojos del asombro que no ven lo que vemos y ven lo que don Efrén no recuerda pero sabe como si lo recordara, del cortijo o estancia de caballos finos establecida por Hernán Cortes para su ejército y servicio propio; y en lo más alto de la memoria de don Efrén, también recuerda que el marido a medias de Malintzin construyó un torreón de piedra y argamasa para su vigilancia de cuarenta

metros donde hacen nido los sueños de la memoria y hoy persiste y ha resistido el paso de los años plantado en el famoso balneario donde las aguas se hacen Rollo.

Y saber con él que Tlaquiltenango pasó a integrar parte del Estado de Morelos por decreto el 25 de septiembre de 1884, así como el mineral de Huautla. Dicho decreto surtió efecto a partir del 1 de enero de 1885 por disposición del entonces gobernador Carlos Pacheco, dueño de una espada que uno de sus descendientes le regaló a mi padre y con la que jugaba de niño a los piratas y conquistadores.

En la cabecera municipal se encuentra ubicado el convento-fortaleza cuya construcción fue iniciada por los Franciscanos y terminado por los Dominicos en el año de 1540. Ese convento es dueño secreto de un reloj que en 1998 cumplió 100 años.

Don Efrén Abundes Tapia no sabe mucho de los problemas actuales de Tlaquiltenango, pero si valora que haya gente encargada de velar por la historia de su región. Es más fácil montar a caballo en su memoria y salir a recorrer su mundo. Ese mundo de alborada y crepúsculo, de sed y nostalgia, de balacera y jaripeo, de vida y muerte consagrada a ritmo del trote del caballo y de una buena tanda de corridos.

Es montar en sus palabras y recorrer Chimalacatlan erigida sobre el cerro "El Venado"; y apearse del cuaco, beber agua del bule y caminar por sus terrazas y montículos de piedra labrada. Ascender al Mirador y ver el valle del Tamoanchan, el verdor de los cañaverales y traslúcida en la bruma de una buganvilia a Cuernavaca vestida de novia para el sacrificio del urbanismo caótico y mal planeado. Y entre oleajes de verdes que se escapan de las hojas, con ganas y buenos ojos, se puede mirar la entrada de la Cueva Encantada, allá donde el Cerro Frío se mece al compás de la canícula.

Es regresar en los recuerdos y caminar por Quilamula y encontrar un coyote. Verlo a los ojos y encontrar la vida y la muerte. Don Efrén nos recuerda que un 10 de marzo de 1911 se inicia la revolución maderista en Villa de Ayala y se integra la guerrilla de setenta hombres, entre los que se encontraban Maurilio Mejía y Próculo Capistrán, incorporándose en el camino muchos simpatizantes de Madero, como Gabriel Tepepa que se había pronunciado en Tlaquiltenango.

Y en ese barullo de recuerdos ve pasar un venado envuelto en una bala. Brillante como sus ojos escondidos que otean en la distancia cada vez que galopa entre los recuerdos. Y entrevera el estallido de la revolución maderista en Morelos, con sus propias vivencias y circunstancias que lo llevaron a recorrer a caballo esas veredas donde todavía es visible una mancha de sangre zapatista.

Y del arranque del movimiento agrarista, cruza la línea divisoria de la realidad y abre de par en par las puertas selladas de Huaxtla centro de su origen donde una ciudad de piedra olmeca inexplorada montada en el cerro con forma y temple de herradura, que lo lleva a trote lento por otras sendas de los mismos caminos.

Y entonces me salgo de sus recuerdos y entro en los míos, en Huaxtla, en la casa de Tomás Abundes, recientemente fallecido, un amigo que me hospedaba cuando iba a Huaxtla a recorrer el monte y cazar palomas y chachalacas, pescar mojarras en el río y ver el inconmensurable transitar de estrellas que toda la noche y hasta el amanecer caminaban en mis ojos despiertos entre tragos de mezcal, café y un mundo de palabras que ya no existen.

Y ver en la distancia una parvada de palomas que ascienden y descienden por el llano con sus enormes alas moteadas de blanco. Es quedarse parado ante las moles de roca tallada similares a las que ví en el Cerro del Venado en Chimalacatlan y repetir la oración de los árboles montado en potra de espuma: copal en humo para el espíritu, guayacán veteadado para el mal de amor, bonete, torpedo de sabor a miel. Cazahuate, árbol dormido en un sueño. Pochote, algodón de la luna. Ceiba, hermoso árbol con nombre y aroma de mujer. Linaloe, semilla de los aromas, arca del misterio. Amate, higuera sagrada del tolteca. Cuachalalate, hermano médico y árbol que sana. Cuatecomate, hotel del alacrán. Guaje, árbol que da de comer al sediento. Cuajote, árbol en cuya corteza se escribe la historia de la tierra. Tepemezquite, señor de la viga madre y hermano del quebracho.

Una vez sentados en sillas de madera tejidas con palma, Don Efrén nos comienza a hablar sin reticencias ni tapujos:

Yo nací el 18 de junio de 1919, por eso recuerdo mucho de la revolución, porque no la vi, pero me lo contaron los ojos de los que sí la vieron y sufrieron, de eso no hay duda. También mi primo Estanislao Tapia que anduvo en la bola y obtuvo el grado de Coronel de Caballería sabía mucho de eso. Tanis nunca se rajó, últimamente hasta anduvo lado a lado del comandante Marcos, ese enmascarado que ha levantado el zapatismo otra vez en la selva de Chiapas.

Él ya murió, en el pueblo de "Cliserio Alanís", allá por Jiutepec, donde está o estaba la hacienda de San Gaspar. Le quedan sus hijos, Eusebio y el otro del que no me acuerdo como se llama y una hija que vive en Cuernavaca. Tanis se murió ya grande, como a los noventa y seis años. La mera verdad no sé dónde está enterrado, pero él es de mi familia. Somos de la misma madera de antes.

Y como te iba diciendo, yo comencé a montar caballos a los doce años, pero desde más antes, cuando era chiquito montaba burritos y en ese trote de la vida en el campo y con el ganado y las faenas de labranza aprendí a montar caballos.

Mi primer caballo costó ochenta pesos de aquél entonces, con ese caballo salía a cabalgar con mis amigos y familia a lazar ganado que mi papá me heredó. El ganado lo tenía mi padre en la sierra de Huautla, donde también teníamos caballada que andaba libre y mostrenca.

No, si te contara todo sobre la sierra de Huautla. Había mucho venado, león, jabalí, chachalaca y faisán; coyotes, uta un chingo, se comían a los chivitos. Culebras, víboras y la jaquimilla, la más peligrosa de todas porque anda entre bejuqueras y ramazones y como es del color del monte no se ve. En el río había bagre a chingos, camarones, mojarra criolla, roncadores, platillas y esos pescaditos panzones que no me acuerdo como les decíamos con los que se hacían unos tamales bien buenos en la época de secas...

Don Efrén revive con sus pequeños ojos la vida y tal parece que tenemos un cinematógrafo frente a nosotros por donde cruzan veloces las voces e imágenes de un tiempo pasado que para don Efrén aún está vivo y presente.

-¿Usted se ha encariñado mucho con los caballos?

Ah claro que sí, es un gusto montar a caballo, en ese entonces como no había carros no había otros modos de transporte, la intención de los hombres era tener una escopeta para salir a cazar y un buen caballo.

El caballo es un animal importantísimo, para ir al cerro, al campo etc. Un carro lo dejas parado, se acaba la gasolina, o se le poncha la llanta, pero el caballo no, el caballo es el mejor para trabajar en el campo, para mí hay una cosa de las más importantes de la vida, que es tener y cuidar y alimentar a un caballo. Estar con él. Hacerlo su amigo, que sea uno con uno mismo, ¿cómo te lo explico, pues?

A mí, mis caballos me extrañan, cuando me fui a ver al doctor mi caballo se puso triste, dicen que dejó de comer, por eso yo creo que los caballos tienen una inteligencia superior a otros animales. Mira ese perrito, aquí esta echado. No hace nada. Ya no muerde. Pero si voy al terreno a ver a mi caballo todavía no llego y ya me está venteando y cuando lo voy a ver es como si ya me esperara.

Mi caballo hasta sabe cuando voy a ir al rancho a verlo.

-¿Qué tanto tiempo ha pasado usted con los caballos?

Toda mi vida. Como ya te dije yo lazaba animales y andaba a diario desde los 12 años para adelante, he andado a caballo hasta los 90, bueno ahora todavía lo monto al caballito, nada más me doy una vuelta y ya, y eso lo hago cuando voy a darle alimento al ganado que tengo en el potrero.

Como ves todavía trabajo, ya no igual que antes, pero trabajo y le doy de comer a mi caballo. Le corto su zacate de apantle o le llevo su pasturita, y cuando lo traigo aquí (señala un punto justo a un costado de la construcción) lo amarro allá atrás de la casa donde tengo su corral y ahí se queda hasta que nos vamos al potrero de nuevo. Como te digo, es muy importante para un campesino tener su caballito.

-¿Quién le enseñó a montar?

Mi papá, como fue huérfano lo crio mi abuelo en las ancas de su caballo y el desde chiquito aprendió. Era muy bueno y a mí me pasó lo mismo, desde muy chico andaba en las ancas del caballo de mi papá. Como que también soy hijo de las ancas de una yegua.

-¿Usted conoce al caballo zapatista?

Ah claro, es como los que he montado toda mi vida y como el que tengo ahora. Para mí todos los caballos de aquel entonces eran zapatistas, porque todos los ocupaban. Mi papá tenía caballada y escogíamos los mejores para nosotros.

Son caballos no muy grandotes pero buenos para andar en todos lados. Si vas a camppear, son los mejores, se meten entre los breñales y cubateras chaparras, cruzan entre pedregales y hondonadas, nombre, son re'buenos para caminar hasta de noche. Esos no te dejan tirado como las bicicletas o los carros, se meten entre las cercas, brincan las alambradas.

¡A ver! ¿pasa un carro por una cerca de alambres?

¿Verdad que no se puede?

El caballo si puede y te lleva a todas partes y a donde tú quieras, el carro no.

A la pregunta sobre por qué el caballo morelense es chaparrito como él los describe, don Efrén responde orgulloso:

En ese entonces, digamos después de la revolución que es lo que a mí me tocó ver, las grandes caballadas eran de Cuernavaca, Cuautla y otros lugares.

Las usaban los patrones y todavía las tienen puros ricos. También los de la rural y el ejército de la montada tenía caballos finos, grandotes y medio pendejos para andar en el monte. Unos matalotes.

Don Efrén se ríe con su sonrisa de dios agrarista y seminal.

Ahora se ha puesto de moda el caballo. He ido a la cabalgata zapatista a Chinameca y llegan catrines con sus caballos finos, sillas de montar relumbronas y sus sombreroes de charro. También baja gente de Zacapalco, Hornos, Huahutla, de todos lados vienen a recordar a Zapata, pura gente como yo, nada de fustes lujosos, nosotros somos de puro corazón zapatista, y como ya te dije, el caballo que anduvo en la bola es el mismo que tengo en mi potrero y que lo vas a conocer cuando lo traiga y me veas montado en él, y el mismo que todavía tienen los campesinos de por acá, de este lado de Morelos que montan y cuidan con esmero y paciencia, aunque hay unos que le han entrado a la moda de tener caballos finos, bien costosos y delicados, de todo se enferman, en cambio mi caballo no se enferma de nada, por eso lo cuido.

-¿Para usted el caballo que significa?

Se ríe con malicia y se acomoda en su silla, ve el espacio de cielo cubierto de nubes de ceniza, y como mirándome extrañado por la pregunta se rasca la cabeza y habla:

Pues una cosa muy importante, casi como si fuera de la familia, porque fíjate, así como estamos ahorita si me piden un mandado pa' luego es tarde te arrancas con tu coche, pero si hay caminito chico no pasas, en cambio el caballo sí, como cabrones no, sí pasa, lo haces brincar y pasa, puedes pasar unas cercas lo que sea. Por eso el caballito es lo mejor para traer el encargo y las cosas.

Claro, pero si eso urge y hay que ir a Cuautla a comprarlo, ni modo, hay que irse en el camión. No queda de otra.

-¿Cuál ha sido su mejor caballo?

Casi siempre tenía tres o cuatro caballos muy buenos, los mandaba amansar con los muchachos que les gustaba andar en eso, tenía un amigo en Huichila que se llamaba Ambrosio Pliego, ese amigo me "enfrenó" como unos tres caballos, era muy bueno. Ahí en

Huichila hay tradición de buenos arrendadores. El caballo lo llevan en la sangre como el recuerdo de Zapata.

Otro lo compré en Anenecuilco con un tío. El mejor caballo que he tenido se llamó "El Prieto" era buenísimo, casi volaba el chingado caballo, con él lazaba becerros y los protegía de los gusanos. No te vayas a reír pero para mí era un caballo volador, hasta silbaba cuando le apretaba las espuelas y se tendía a galope entre los pastizales pa' encerrar las vacas o lazar las yeguas y los toros bravos, no le "sacatiaba" no'mbre, era buenísimo.

-¿Y en el jaripeo que tal?

Yo también le entraba, me gustaba mucho el jaripeo de joven, iba a Ticumán, Tlaltizapán, a la Villa, Tenextepango, aquí, donde quiera que hubiera fiesta. Y tenía mis caballos especiales para el jaripeo, no precisamente "especiales" que nomás los usara para eso, también los usaba para "campiar" y estaban estudiados para jugarle a los toros, sacarles la vuelta con el capote, la reata enredada o el gabán.

Y eran buenos para los piales, arremangaban bien cuando los pialaba de las patas. Y había que tener buena reata de lazar y echarle saliva a la cabeza de la silla de montar cuando los toros se ponían difíciles y hasta le sacaban chispas por la fuerza a la madera cubierta de cuero, que hasta olía a curtiduría.

Sonríe socarrón y juvenil por el sarcasmo.

Se dice, los que lo vieron y de los ojos que lo vieron me lo contaron a mí con su palabra, que Zapata era muy bueno con el caballo e inteligente para todo, era muy bueno para lazar, fue el mejor arrendador de la región, el número uno.

Primero fue empleado de los españoles, dicen que trabajó de arrendador en la hacienda de Atlahuayán y que de todas partes lo buscaban esos ricos para que les arreglara del freno a sus caballos. Zapata les dio clase, fue un caballero de lujo para ellos. Él sabía

manejar a los caballos como nunca nadie lo había hecho, yo no sé si fue un don de dios o de nacencia ya lo traía ese don.

El trabajó para los hacendados muchos años y cuando vio que a su papá le quitaron sus tierras le dijo que él las iba a regresar a sus verdaderos dueños, eso pasó cuando Emiliano era niño.

-Don Efrén, lo voy a interrumpir tantito, ¿usted conoce esta Bola?

Don Gabriel Zapata cierta vez lloraba
con tristeza y con pesar,
de ver que en su barrio ya no les quedaba
ni una huerta, ni un hogar.

En la cocina sentado
como si fuera a cenar,
de sus diez hijos rodeado,
no dejaba de llorar.

-¿Por qué lloras, padre? -pregunta Emiliano,
no llores que nos aterras-.

-Es porque los amos con pistola en mano,
nos han quitado las tierras.

En nuestro propio terreno
nos vienen a maltratar,
como a perro en rancho ajeno,
cuando somos del lugar.

-¿Por qué no pelean contra esos tiranos
y acaban la esclavitud?

-Hijo, tus palabras son brotes tempranos,
no entras ni a la juventud.

Ellos son muy poderosos,
no los podemos vencer;
parecen perros rabiosos
parientes de Lucifer.

-Yo haré que devuelvan las tierras robadas,
y se calme tu dolor;
es un juramento, no bravuconadas,
te doy palabra de honor.

Aunque yo he sido el noveno
de tus hijos en nacer,
he de trocar el veneno
de tu dolor, en placer.

-Eres muy pequeño para hablar como hombre
que ya es de mayor edad;
si no compartieras mi sangre y mi nombre,
diría que es liviandad.

En los ricos no hay nobleza,
todo en ellos es crueldad;
lo que falta en gentileza
suplen con autoridad.

-Aunque convertido en pequeña criatura
me tenga el tiempo traidor,
no ha de ser motivo mi corta estatura

para que en mí no haya honor.

La edad no puede ser mengua
para el alma y la razón;
bien es que diga la lengua
lo que sufre el corazón.

Mientras tanto, llora, ¡oh padre querido
tu desdicha y tu dolor!
Pero cuando al débil el fuerte ha vencido,
no puede haber deshonor.

Si la justicia no ampara
al campesino ni al peón,
más vale vergüenza en cara
que mancilla en corazón.

Mi edad es muy corta, pero no es mezquina,
me ha permitido mirar
que siempre los amos han cernido harina,
sin sufrir ni trabajar.

Pronto espero que la rueda
cambie de ruta al girar;
pues todavía les queda
la cola por desollar.

-Por más que este trato nos duela y nos pese,
nos suceda lo que al buey;
que el yugo pesado que tanto aborrece,
lo lleva a cuestras por ley.

Sólo tú me has restituido,
hijo de mi corazón,
todo el valor convertido
en obediencia al patrón.

La vida es la misma para el campesino,
nadie responde por él;
lo exprimen los amos, igual que el molino
a la caña de aguamiel.

Ya que está viejo y cansado
no hay quien trabajo le dé;
cuando está el árbol tirado,
todos le dan con el pie.

Yo soy un anciano que en la sangre llevo
sólo cansancio y dolor;
de este tronco viejo, tú eres el renuevo
pleno de savia y vigor.

Cifro en ti mis esperanzas
y deposito mi honor;
no escuches las alabanzas
del que espera tu favor. (1)

Fragmento de la Bola en que el niño Emiliano Zapata promete a su padre que cuando sea grande hará que los hacendados devuelvan las tierras al pueblo.
Autor Anónimo.

No, no, nunca la he escuchado o no me acuerdo, pero es la mera verdad, así pasó, así me lo contaron, en los corridos está la historia nuestra; pero creo que sí la oí, pero fue hace mucho, allá con Tanis, a él le gustaba cantar y se sabía muchos corridos, saludos y bolas, y cancioncitas viejas, de los tiempos de antes.

Allá en Huahutla, Huachinantla y Los Elotes había buenos cantadores. Pero eso de la música lo dejamos pa' otra vez.

A la casa de mi primo Tanis en "Cliserio Alanís", llegaban en el primer viernes de cuaresma que es la feria de Jiutepec muchos cantadores de Puebla y Guerrero y claro de Morelos. Allí y en la casa de su primo Isaías Alanís Tapia se juntaban a cantar, comer y beber. En tu casa.

¿Qué acaso no eres hijo de Isaías? Si hasta te llamas igual.

Don Efrén soltó la risotada y Emiliano también, el hijo de Efrén y su esposa se unieron a la risa que incendió el aire y arrancó de las nubes de bruma el coro de alas negras que nos recibieron al llegar a Moyotepec y de pronto desaparecieron en medio de una música de risas que cubrió la tarde henchida de galopes y caballos. Su esposa, fue la única que parecía estar callada escuchándolo todo sin chistar.

Mira, el papá de Zapata fue ganadero de Rancho viejo, tenía sus vaquitas y sembraba un pedazo de tierra. Cuando vino la guerra de los zapatistas toda la gente se fue a la guerra. Allá en Tlaquiltenango la gente se levantó, a nosotros nos tocó de lejos porque fueron pocas las veces que llegaron por allá a Huahutla. Vivíamos en el cerro, entre leones y víboras, cuidando el ganado. Y lo que se dice que los zapatistas eran ladrones no es cierto es pura falsedad, a nosotros nunca nos molestaron, al contrario, contaba mi papá que cuando los pelones los perseguían se arrendaban para allá, y allá los recibían bien, les daban de comer, un petate o la paja del monte para dormir.

Que a la fecha, yo sepa que fueron bandidos, eso nunca, es pura mentira de los ricos en contra de Zapata y de los campesinos levantados en armas.